



El tesoro de Luna



Sebastián Andrés Ramírez Ospino

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Primero – Tunja

En un pueblo rodeado de colinas, vivía Luna, una niña curiosa que amaba correr tras mariposas y trepar árboles. Pero a veces, con tantas aventuras, olvidaba cuidar de sí misma. Una tarde, mientras exploraba un sendero, encontró una cueva brillante. Dentro, un zorrito luminoso la esperaba junto a un cofre con un letrero que decía: “El Tesoro del Autocuidado”.

—¡Hola, Luna! —dijo el zorrito—. Este cofre guarda secretos para que brilles como el sol. ¿Quieres descubrirlos?





Luna asintió, emocionada. El zorrito la llevó por cuatro caminos mágicos.

Primer camino: La Cama de Nubes

El sendero llevaba a una cama suave como algodón.

—Dormir bien y descansar te da energía para jugar —
explicó el zorrito.

Luna, que a veces se quedaba despierta contando
estrellas, prometió dormir sus ocho horas.



Segundo camino: El Río de los Sentimientos



Un río brillaba con colores que cambiaban según lo
que Luna sentía.

—Hablar de tus emociones, como tristeza o alegría,
alivia tu corazón —dijo el zorrito.



Luna pensó en las veces que se guardaba sus
preocupaciones y decidió contárselas a su papá.

Tercer camino: El Jardín de los Sabores

En un huerto crecían frutas y verduras
relucientes. El zorrito le dio una zanahoria
crujiente.

—Comer sano y tomar agua hace tu cuerpo fuerte
—dijo.





Luna, que prefería galletas, prometió probar más frutas y beber agua todos los días.

Cuarto camino: La Colina de la Risa

En la colina, había un columpio rodeado de música. Luna se balanceó, riendo.

—Hacer lo que amas, como pintar o bailar, cuida tu alegría —explicó el zorrito.

Luna decidió dedicar tiempo a dibujar, su actividad favorita.

Guarda esta estrella en tu corazón.

Al final, el zorrito abrió el cofre y sacó una estrella brillante.

Si te cuidas, siempre brillará.

—Guarda esta estrella en tu corazón. Si te cuidas, siempre brillará.

Luna regresó a casa con la estrella. Desde entonces, descansaba, hablaba de sus sentimientos, comía sano y jugaba con alegría. Sentía la estrella brillar dentro de ella, dándole fuerza para sus aventuras.

Y así, Luna aprendió que el autocuidado es un tesoro que la hace fuerte y feliz. Vivió brillando, como la estrella que llevaba dentro.





Ariana y el bosque de las emociones

Ariana Lucía Monroy Conta

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Segundo – Tunja



Había una vez una niña llamada Ariana, que vivía en una casita con techo rojo, rodeada de flores y mariposas. Era alegre, curiosa y muy inteligente. Pero también sentía muchas emociones todo el tiempo. A veces, se enojaba tanto que quería gritar. Otras veces, se sentía tan triste que no quería hablar con nadie. Y otras, reía a carcajadas sin poder parar.

Cuentos para la convivencia

—¿Por qué me siento así? —se preguntaba Ariana—. Es muy raro, estoy confundida.

Una tarde, su Mamá Adriana le entregó una cajita dorada. Dentro, había una brújula mágica con una nota que decía: “Sigue tu corazón y encontrarás respuestas”.

La brújula llevó a Ariana hasta el Bosque de las Emociones, un lugar lleno de colores, luces flotantes y árboles que susurraban canciones.

Allí conoció a tres animales muy especiales:

Juanjo, el Tigre del Enfado que rugía cuando no podía ganar un juego; Aloy, la Llama del Llanto que lloraba cuando pensaba que nadie la entendía; y Simón, el Ratón Risueño que se reía tanto que a veces no escuchaba a los demás.

Ariana los miró con asombro.

—Yo también me siento así a veces —dijo.

Una mariposa pasionaria brillante apareció y le dijo:





—Todas las emociones son importantes. No hay que esconderlas, solo debemos entenderlas.

Ariana aprendió a ayudar a sus nuevos amigos.

A Juanjo, le enseñó a respirar profundo y contar hasta diez. A Aloy, le dio un abrazo grande y fuerte, luego escuchó su tristeza sin interrumpir. A Simón, le explicó que también hay que dejar hablar a los demás.

Poco a poco, Ariana entendió algo muy valioso y especial: “Sentir no está mal. Lo importante es saber qué hacer con lo que siento”.

Cuando regresó a casa, la brújula se convirtió en un corazón brillante que latía fuerte cada vez que Ariana necesitaba calmarse o entenderse.

Desde entonces, cada vez que Ariana sentía una emoción muy fuerte, se detenía, pensaba, respiraba como una flor, y se preguntaba:

—¿Qué siento? ¿Por qué lo siento? ¿Qué puedo hacer?

Todas las emociones son importantes.

Y así, con amor de mamá, paciencia de sus compañeros y un poquito de magia, Ariana se convirtió en una niña valiente... ¡y sabía de corazón!



La tranquilidad en un envase muy grande



Kevin David Merchán Tibocha

I.E. Francisco de Paula Santander
Grado Tercero – Sogamoso

El personaje de esta historia nos enseñará un valor muy importante. Su nombre es Elo.

Elo es un elefante joven que vive en su manada junto a sus padres y otros elefantes amigos. Este paquidermo desea conocer el





mundo, pero no sabe las dificultades y los peligros que hay en él.

Un día, cuando Elo iba junto a su manada, se aburrió mucho por lo lento que avanzaban los mayores. Entonces, se le ocurrió una idea descabellada: decidió irse rápido para ver la sabana. Debido a su falta de experiencia y su impaciencia, cruzó por lugares peligrosos que los demás elefantes evitaban. Por ejemplo, estuvo a punto de caer en unas arenas movedizas; se salvó solo porque unas garzas africanas le advirtieron.

En vista de la situación, desvió su camino hacia otro lugar. No obstante, una hiena que pasaba por allí se percató de que un elefante joven andaba solo, y corrió a informarles a sus hermanas y hermanos que podían darse un gran festín.

Elo no sabía hacia dónde dirigirse y presentía que corría peligro. Se encontró con un rinoceronte, quien le dijo que su manada estaba cerca y que solo tenía que seguir el sendero de las baobads para alcanzarlos.

Elo siguió su camino para encontrarse con su manada, pero las hienas cada vez estaban más





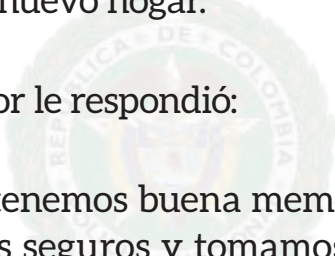
cerca. Cuando lo alcanzaron para comérselo, uno de los elefantes más grandes y fuertes de la manada lo defendió. Las hienas huyeron del lugar.



Elo le agradeció a su mayor y le pidió perdón por su mala decisión. El elefante mayor lo perdonó y le preguntó por qué lo había hecho. Elo le respondió:

—Me sentía intranquilo por no saber cuándo íbamos a llegar a nuestro nuevo hogar.

El Elefante mayor le respondió:



—Los elefantes tenemos buena memoria, conocemos los caminos más seguros y tomamos decisiones con tranquilidad para el bienestar de la manada, así que recuerda que no somos lentos, sino que somos tranquilos para evitar conflictos y tomar buenas decisiones para estar seguros.



Así, Elo comprendió que la tranquilidad es muy importante para llevar una buena vida.

Tomamos decisiones con tranquilidad para el bienestar de la manada.





Margaret, la pequeña veterinaria

Margaret Antonella Velasco Pinto

I.E. San Luis Beltrán
Grado Primero – Covarachía



Margaret tenía solo 6 años, pero su amor por los animales era enorme. Vivía en un pueblo rodeado de naturaleza, y cada día salía a explorar, llevando siempre su mochila



de primeros auxilios para animales (que en realidad era una cajita con vendas, algodón y galletas para perros).



Una tarde, mientras jugaba en el jardín, escuchó un “¡Miau!” débil. Entre las flores encontró a Luna, una gatita callejera con una patita lastimada.

—¡No te preocupes, gatita! Yo te curo —dijo Margaret con voz suave, envolviéndola en su pañuelo favorito.

De inmediato, corrió a su casa, donde su mamá le ayudó a limpiar la herida de Luna. Con palitos de helado y una cinta, hicieron una pequeña férula.

—Eres muy valiente, como una veterinaria de verdad —le dijo su mamá.



Al día siguiente, Margaret llevó a Luna al veterinario del pueblo, el doctor Ramírez, quien revisó a la gatita y sonrió:

Eres muy valiente.





—¡Hiciste un gran trabajo, Margaret! Los veterinarios deben ser cuidadosos y amorosos, igual que tú.

—¿Puedo ser veterinaria de grande? —preguntó Margaret, abrazando a Luna.

—Claro que sí —respondió el doctor—. Sigue ayudando a los animales, ¡y algún día tendrás tu propio consultorio!

¡Hiciste un
gran trabajo,
Margaret!



Esas palabras llenaron a Margaret de alegría. Desde entonces, pasaba horas leyendo libros de animales, cuidando a los insectos del jardín y “practicando” con sus peluches. Incluso, el doctor Ramírez le regaló un estetoscopio de juguete, que ella usaba orgullosa.

Un mes después, Luna ya estaba sana y se quedó a vivir con Margaret. Juntas salían a rescatar bichitos en apuros, porque Margaret estaba segura: ¡ella sería la mejor veterinaria del mundo!



La lección que la corriente no se lleva



Juan José Aponte Currea

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Segundo – Tunja

Había una vez, en un gran océano, vivían tres amigos: Leo el tiburón, Tita la tortuga y una ballena llamada Vale.

Un día, salieron a pasear juntos y vieron que cerca había un desfile de animales marinos.





Leo les dijo a sus amigas que si querían ir al desfile y ellas dijeron que sí. Mientras caminaban vieron muchas casas, arrecifes y también tiendas. Cuando los amigos estaban cerca de llegar a la parada del desfile, Tita dijo que le gustaría ir al parque con Vale a comer helados después del desfile y Vale aceptó, pero Leo se puso triste porque sus amigas no querían que él fuera con ellas. De la tristeza pasó al enojo y le gritó a sus amigas, además, no solo eso, empujó a Vale hacia una corriente.



Sus amigas se sintieron muy tristes y con tanto miedo que salieron corriendo y se alejaron de Leo. Más tarde, los padres de Leo escucharon sobre lo que hizo el tiburón y lo regañaron. Aunque Leo estaba muy triste por lo que hizo, sus padres lo castigaron.

**De la tristeza
pasó al enojo
y le gritó a
sus amigas.**

Leo pensó sobre lo que hizo mientras estaba en su castigo y luego llegó su hermano Rodri. Él le dijo a Leo que antes de actuar debía pensar, nunca es fácil aceptar las emociones y no dejarse llevar por ellas, pero que si quería tener más amigos, debía pensar en ellos y no tanto en su enojo.



Cuentos para la convivencia



Leo quedó sorprendido cuando escuchó a su hermano, y le pidió que lo ayudara a preparar una sorpresa de disculpas

para sus amigas. Juntos compraron dulces y Leo les escribió una carta a cada una para que ambas se dieran cuenta de que él pedía perdón.

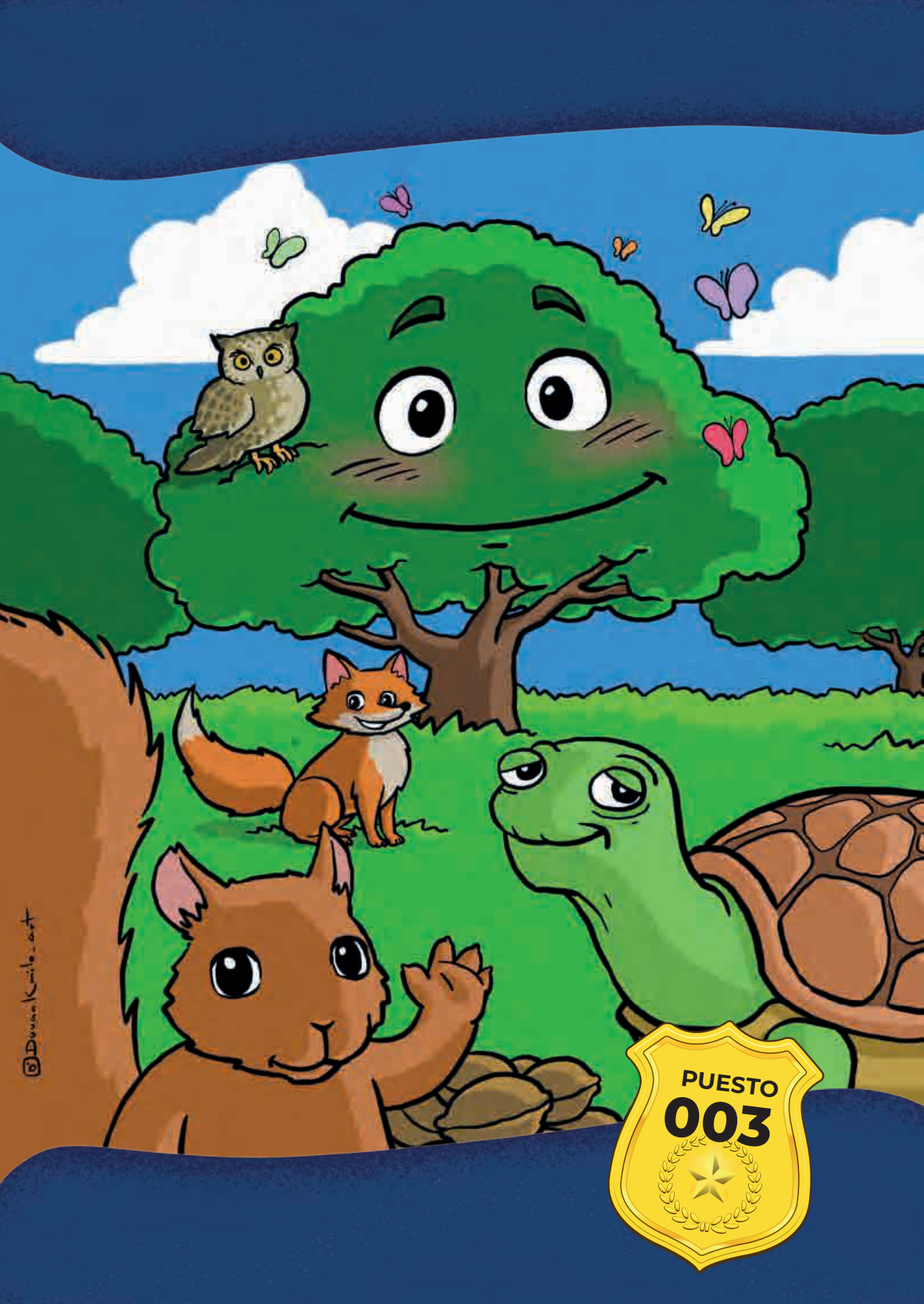
Aprendieron a entenderse y mejorar su amistad



Al llegar al colegio, Leo les dio la carta y los dulces a sus amigas y ellas las leyeron. Después de leerla, ambas se dieron cuenta de que ellas también se habían equivocado, ya que no estuvo bien haberlo ignorado en sus planes.

Los amiguitos pidieron disculpas por la pelea que tuvieron y volvieron a ser los mejores amigos que siempre eran. Pero ahora aprendieron a entenderse y mejorar su amistad, para que no haya más problemas como antes.





@DianaKunilo-art



El árbol y sus amigos



Laura Valentina Lancheros Vega

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Primero – Tunja

Había una vez un árbol muy especial en el centro del bosque encantado. Este árbol tenía hojas de todos los colores del arcoíris y sus ramas bailaban al ritmo del viento. Los animales del bosque, incluyendo ardillas, mariposas, búhos y zorros, solían reunirse bajo sus ramas para jugar, contar cuentos y compartir risas.

Un día, el árbol comenzó a sentir un poco de tristeza. Sus hojas perdieron su brillo y se volvieron





de un color pálido. Las ardillas, preocupadas, se acercaron al árbol y preguntaron:

—¿Por qué tus hojas están tan diferentes, querido árbol?

El árbol respondió con una voz nostálgica:

—Me siento un poco triste. Me pregunto si será porque no me agrada este nuevo cambio de clima.

Las mariposas, con su delicadeza y hermosos colores, le ofrecieron un abrazo suave con sus alas. El búho, con su sabiduría, le narró un cuento divertido sobre un animal que, a pesar de sentirse triste, encontró la alegría en la amistad. El zorro, con su ingenio, le propuso hacer un juego para animar a todos.

Al escuchar sus palabras y sentir su cariño, el árbol se sintió un poco mejor.

Al enterarse de esta situación, un animal muy viejo que habitaba el bosque fue en busca del árbol. Era la tortuga, y le dijo:

—Querido árbol, he vivido muchos años en este bosque y quiero decirte que lo que estás sintiendo no es nada malo.

El árbol se sorprendió y respondió:

—¿Me estás diciendo que es bueno estar triste?



La tortuga respondió:

—Sí, al igual que es normal sentir miedo, angustia, felicidad.



Y continuó:

—A lo largo de los años, he aprendido que es necesario sentir emociones, y eso nos hace seres únicos. También los seres humanos lo sienten, y reaccionan de una forma similar a la nuestra: algunos no salen de sus casas, otros no quieren hablar con nadie e incluso su aspecto físico también cambia. Pero, quiero decirte, querido árbol, que todas estas emociones son pasajeras e importantes, ya que ellas hacen que crezcamos interiormente y que aprendamos a gestionarlas. Así que vive un día a la vez.

He aprendido que es necesario sentir emociones, y eso nos hace seres únicos.

Sus hojas comenzaron a recuperar un poco de brillo. Las ardillas, al ver la alegría en sus ojos, le llevaron nueces frescas para que se sintiera aún mejor.

Desde ese día, los animales del bosque aprendieron que las emociones son como los colores del arcoíris, que todos pueden ayudarse a ser mejores.





El lago de la tranquilidad

Lina Yohana Fonseca Mesa

I.E. Técnica Industrial y Minera
Grado Segundo – Paz del Río



En un valle rodeado de montañas hermosas había un lago sereno y tranquilo, se llamaba Serenidad, conocido por su belleza y paz.

Las personas venían de lejos para visitar el lago y disfrutar de su tranquilidad. Un día, una niña



llamada Lina llegó al lago ansiosa buscando escapar de las problemáticas de la casa. La niña se sentó y cerró los ojos, permitiendo que la tranquilidad de este lugar refrescara su mente. Ella se dio cuenta de lo importante que es la naturaleza, de todo lo que le brinda, y olvidó la situación que estaba pasando.



En ese momento, apareció un hada madrina, se sentó a su lado y cuestionó a la niña sobre por qué se encontraba ahí. La niña, al ver la confianza del hada, le contó sobre su situación y la magia de este lugar que la había hecho sentir tranquila y con ganas de llegar a la casa a dialogar con los padres sobre la importancia de que ella quería vivir en armonía para continuar sus estudios y su proyecto de vida.

Permitiendo que la tranquilidad de este lugar refrescara su mente.



Los padres asombrados sobre el actuar de la niña, reflexionaron sobre su rol y empezaron a buscar ayuda en comisaría, en la policía de infancia y adolescencia, y con los profesores para fortalecer su papel de padres, ya que





muy jóvenes habían empezado la crianza con muchas dificultades.

Pasaron los años y Lina se formaba con muchos valores, capacidades, habilidades y tenía el apoyo de sus padres. Cuando ingresó al bachillerato, la profe de ética y valores en la clase trabajó el tema 'proyecto de vida', y ella seguía inspirada por aquel lugar mágico cerca de su casa.



Lina, apoyada por sus padres y docentes, culminó sus estudios de bachillerato con beca para la educación superior, siendo la mejor estudiante. Ingresó a la universidad a estudiar ingeniería ambiental siendo una adolescente que sobresalía por su liderazgo y rendimiento académico. Ella terminó sus estudios de educación superior. Ahora es una gran profesional y labora en una de las empresas cerca a la casa de sus padres; generando proyectos para el cuidado de aquel lugar maravilloso que la inspiró.

**Generando
proyectos para el
cuidado de aquel
lugar maravilloso
que la inspiró.**



La profesora y el nuevo estudiante



María Ángel Caicedo Correa

I.E. Los Libertadores
Grado Tercero – Sogamoso

Había una vez una profesora que siempre le gustaba estar en paz y así les había enseñado a sus alumnos, porque en el colegio todo era muy tranquilo. A unos niños les gustaba dibujar; a otros, escribir; otros coloreaban libros de mandalas. Todo era felicidad y alegría.





Hasta que un día llegó un estudiante nuevo que era muy cansón y no le gustaba hacer nada, solo comía en clase y nadie quería ser su amigo porque le pegaba a todos y les decía groserías en el salón y en el recreo. También les quitaba las onces y les ponía apodos a las niñas. Ya nadie lo soportaba, pero la profesora les decía que debían compartir con él y ser sus amigos, porque tal vez podría tener problemas en la casa.

**Debían
compartir
con él y ser
sus amigos.**

Entonces, en el colegio organizaron un paseo maravilloso, pero no lo querían llevar porque él podía dañar todo, pero hizo un compromiso de portarse bien y lo cumplió. Allí notó lo divertido que era hacer las actividades bonitas que hacían sus compañeros y ser igual a ellos. En el paseo vieron títeres, se vendaron los ojos, jugaron en una cancha y vieron una película. Ese día el niño tuvo muchos amigos.

Después, salieron a vacaciones y, como a ese niño le había gustado tanto el paseo, le pidió a la profesora que planearan un viaje a la playa. Ella dijo que sí porque, como eran muy juiciosos, se lo merecían, y todos se emocionaron mucho porque se hizo realidad y empezaron a hacer castillos de arena, a jugar con su balón de playa, a correr y a





hacer muchas cosas divertidas que los hacían muy felices.

Allí notó lo divertido que era hacer las actividades bonitas.



Lo mejor era que todos querían al nuevo niño porque ahora sí era bueno y no peleaba con nadie. Como la playa era tan bonita, todos estaban muy tranquilos y relajados. Mientras se divertían, la profesora se relajaba en el agua con unas gafas de sol, porque, por fin, había tenido un tiempo de tranquilidad con sus estudiantes.





El niño patinador

Daniel Sebastián González Mejía

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Tercero – Tunja



Érase una vez un niño llamado Samuel. Cierta día salió a patinar y, al llegar al parque, se encontró con algunos niños de la ciudad. Uno de ellos, llamado Iván, lo retó a dar una vuelta completa al parque apostando sus patines. Samuel se sintió temeroso, ya que sabía que era lo único que tenía y que sus padres lo castigarían si llegaba sin ellos. Sin embargo, tras la presión, aceptó la apuesta.



Iván inició con tan buena técnica que, rápidamente, tomó ventaja y, de forma burlesca, mostraba la seguridad de que vencería a su rival. Pero Samuel recordó que, cierto día, su padre le había dicho que la tranquilidad era la clave del éxito. Así, mirando al cielo, continuó su camino con gran firmeza. Mientras tanto, Iván, pendiente de lo que dejaba atrás, no se percató de un hueco en el camino: la llanta de su patín derecho cayó en él, haciéndolo perder la estabilidad. Terminó en el suelo, desperdiciando tiempo valioso, y apenas alcanzó a ver cómo Samuel pasaba a su lado hasta llegar a la meta.



**¡Con tranquilidad,
piensas mejor y
eres más efectivo!
¡Te felicito!**



Samuel ganó la carrera, se acercó a su rival y con, gran humildad, le dijo:

—¡Con tranquilidad, piensas mejor y eres más efectivo! ¡Te felicito!

Iván regresó a la ciudad con una gran lección.





Sí se puede encontrar la tranquilidad

Sara Isabella Vargas Rodríguez

I.E. Silvestre Arenas
Grado Tercero – Sogamoso



Érase una vez una osita llamada celeste que estudiaba en un colegio muy grande, pero lastimosamente no tenía muchos amigos, ya que no era feliz, siempre estaba enojada y lloraba por todo.

Cuentos para la convivencia



Una mañana, Celeste llegó al colegio muy enojada. Había salido de casa a esperar la ruta (el transporte escolar), pero como no pasó a la hora que ella deseaba, se molestó por tener que esperar tanto tiempo; se puso muy roja y temblaba.



Al entrar al colegio, chocó con un conejo llamado Juanito. Lo gritó y lo gritó hasta asustarlo, por lo que el pobre conejo le contó lo sucedido a su profesora, la Señorita Canguro.

No era feliz, siempre estaba enojada y lloraba por todo.

La maestra la llamó al salón para tranquilizarla, pero fue imposible. Entonces, la Señorita Canguro le dejó un ejercicio para la casa. Celeste se enojó porque sentía que nadie la entendía y, en su mente, ella siempre tenía la razón.

Al llegar a casa, le comentó a su mamá, la Señora Osa, lo que había sucedido esa mañana, pero lo

Lo gritó y lo gritó hasta asustarlo.





contó a su manera, sin saber que la Señorita Canguro ya había hablado con su madre.

Se enojó porque sentía que nadie la entendía y, en su mente, ella siempre tenía la razón.

La Señora Osa le habló a Celeste sobre la tranquilidad. Le explicó que aún era muy pequeña para manejar ese temperamento y que debía entender que no siempre tenía la razón. Luego, le enseñó un ejercicio de respiración y relajación para practicar cada vez que se sintiera de mal humor.



Al día siguiente, Celeste iba por la calle y estaba lloviendo. Infortunadamente para ella, había un charco muy grande, y un carro pasó y la empapó por completo. Ella, como era de esperarse, se enojó, pero recordó la conversación con su mamá: respiró hondo y se tranquilizó.



Se dio cuenta de que el conductor del carro se había bajado, trayendo una toalla para ayudarla a secarse. El señor le pidió disculpas, asegurando que no lo había hecho a propósito, y ella las aceptó. Se subió a la

Respiró hondo y se tranquilizó.



Cuentos para la convivencia

ruta, y en el camino al colegio, un lugar grande y amplio donde podía ser feliz, pensó que tenía que ser una persona más tranquila.



De camino al salón, se encontró con su amigo Juanito, le pidió disculpas y le contó que estaba practicando ejercicios para manejar su temperamento.

Pensó que tenía que ser más tranquila.







Categoría *Mujer*

Ilustración
Camila Andrea
Martínez Sarmiento





La voz de **Xiomis**



Naiha Zharick Hernández Estupiñán

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Cuarto – Tunja

Xiomis era una niña muy alegre que vivía en un barrio tranquilo de Tunja. Le encantaba dibujar muñecos, animales y flores, y también ayudarle a su mami a preparar changua los fines de semana. Su mami, doña Araminta, era una mujer trabajadora que cosía ropa para venderles a sus vecinas.





Últimamente, Xiomis notaba que su mami ya no se reía como antes. A veces tenía los ojos llorosos, tristes y hablaba en voz bajita. También escuchaba gritos, discusiones y golpes cuando el señor Anatolio, su padrastro, llegaba a la casa.



Una tarde, al volver del colegio, Xiomis encontró a su mami llorando y triste. Tenía un golpe en el brazo.

—Mami, ¿te duele? —preguntó preocupada.

Su mami la abrazó con fuerza y le dijo con ternura:

—A veces, no todos quienes dicen querernos saben amarnos, pero la clave está en que el amor verdadero se muestra con acciones, cariño y, sobre todo, con respeto. No está bien que alguien nos grite, maltrate (física o psicológicamente) o nos quiera hacer daño. Ante estas cosas, no nos podemos quedar calladas. No estamos solas, hija.



Preciso, en el colegio, la señora Yudy les habló ese día sobre el respeto y el valor de las mujeres. Les explicó que nadie tiene derecho a hacerles daño, ni con palabras ni con golpes. También



les dijo algo que a Xiomis no se le olvidó: “Si algo no te gusta o no está bien, no te calles. Tu voz puede ayudar a cambiar las cosas”.



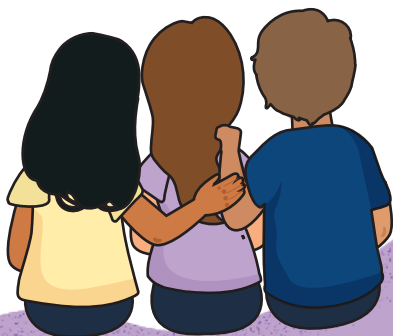
Xiomis recordó y pensó mucho en el tema. Al día siguiente, fue donde la señora Yudy y le contó lo que vivía y estaba pasando en casa. La señora Yudy la escuchó con atención y cariño, y llamó a la psicóloga. Juntas buscaron ayuda para su mami.

Su voz tiene el poder de cambiar, de proteger y de ayudar a quienes más ama.

De inmediato, doña Araminta tomó la decisión de dejar a su pareja, y, con Xiomis, se mudaron a otro lugar más tranquilo. Su mami volvió a sonreír, a estar feliz y a coser con más ganas. Xiomis siguió dibujando, pero ahora pintaba mujeres fuertes, valientes, felices y libres, como su mami.



Desde ese día, Xiomis entendió que, aunque sea una niña, su voz tiene el poder de cambiar, de proteger y de ayudar a quienes más ama. Decidió compartir su historia con los demás niños, para que todos supieran que nunca deben guardar silencio si algo no está bien.





Lorena, una niña valiente

Cleiber Emilio Andrade Escobar

I.E. Técnica Carlos Alberto Olano Valderrama
Grado Quinto – Belén



Lorena era una niña valiente de 9 años que vivía cerca de un pequeño pueblo rodeado de valles y montañas. Era curiosa y alegre, le gustaba disfrutar el campo con sus compañeros de la escuela.



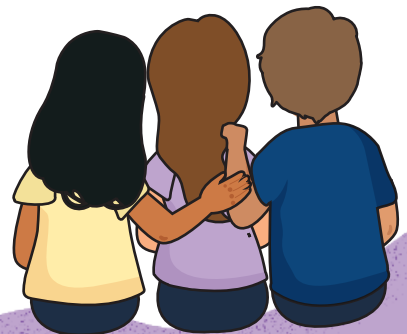
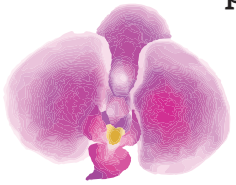
Su abuelita siempre le decía: “Lorena, tú eres un tesoro. Tu cuerpo es valioso y nadie tiene derecho a tocar sin tu permiso”. Lorena no entendía lo que significaban estas frases, pero ella sabía que era importante.

Un día, su mamá la llevó a la casa de un hombre que le ofreció trabajo en los oficios domésticos de la casa. Era amigo de la familia y parecía amable, pero, con el paso de unos días, este hombre

Tu cuerpo es valioso y nadie tiene derecho a tocar sin tu permiso.

comenzó a actuar raro. Le decía cosas incómodas y trataba de abrazarla. Su corazón latía muy fuerte y empezó a desconfiar de él. Recordó la clase donde la profesora les habló del círculo de la seguridad, recalcando que todos somos dueños de nuestro propio cuerpo y, por eso, si alguien piensa en faltarnos al respeto, no se debe callar. De inmediato hay que contarle, ya sea a la mamá o a la persona que más confianza le tenga.

Si alguien piensa en faltarnos al respeto, no se debe callar.





Lorena, con lágrimas en los ojos, le contó a su mamá lo que estaba pasando. Ella se quedó confundida, luego la abrazó muy fuerte. La familia habló con las autoridades, denunció al hombre, quedando así a manos de la comisaría de familia para imponerle un castigo.

La dignidad...
también es
respeto, cuidado
y amor sano.

Lorena volvió a correr por el campo con más seguridad, porque había aprendido que la dignidad no es solo una palabra, también es respeto, cuidado y amor sano.

Siempre habrá adultos confiables que nos pueden ayudar.



El eco de mi voz



Emmanuel Santiago Estupiñán Quintero

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Cuarto – Tunja

Laura tenía 16 años y una sonrisa que ya no aparecía tanto. Últimamente, pasaba más tiempo mirando al suelo que al cielo, como si algo invisible la mantuviera encadenada al silencio.

Cada vez que su madre le preguntaba si todo estaba bien, ella respondía con un 'sí' débil,





que parecía más una súplica para que nadie insistiera. Pero el dolor no se esconde para siempre.



Él, su “novio”, decía quererla. Y quizás por eso Laura intentaba justificar los insultos, los gritos, las culpas que él lanzaba como cuchillos disfrazados de palabras. Cuando la empujó por primera vez, pidió perdón llorando. Y ella, creyendo que el amor era eso, lo perdonó.

Pero la herida no se cerró. Al contrario, comenzó a doler más por dentro que por fuera. Un día, en el recreo, se sentó junto a Camila, su mejor amiga, y dejó que las lágrimas dijeran lo que su voz no se atrevía.

—Eso no es amor, Laura —dijo Camila con firmeza—.

Eso es violencia, y no tienes que vivir así. Hay ayuda. Estoy contigo.

Ahora era más fuerte, más clara, más libre.



Fue entonces cuando Laura entendió que callar también era parte del daño. Esa misma tarde, se acercó al profesor Ramírez. Sus palabras temblaban, pero no retrocedieron.



Cuentos para la convivencia

—Siento que ya no puedo más. Me hace daño... y tengo miedo.

Hay silencios que duelen... y voces que sanan.

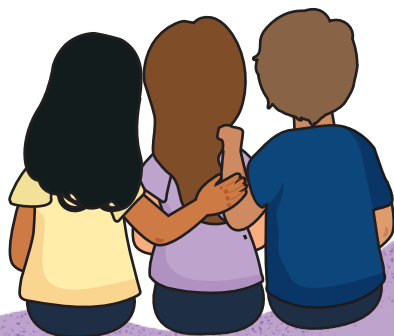


El profesor no la juzgó, no la interrumpió. Solo la escuchó y le ofreció apoyo. Por primera vez, Laura sintió que no estaba sola.

Aquella noche, en casa, le habló a su madre. Le contó todo. Y en lugar de reproche, encontró un abrazo largo, lleno de protección y amor.

Pasaron los días, y Laura comenzó a recuperar su voz. No era la misma de antes: ahora era más fuerte, más clara, más libre. Empezó a participar en charlas escolares, a compartir su experiencia con otras chicas. Comprendió que ninguna mujer merece vivir con miedo. Que el amor nunca lastima. Y que hablar no es una traición, sino una forma de salvarse.

Porque hay silencios que duelen...
...y voces que sanan.





Las voces mágicas de Soatá

María Kamila Acuña Archila

I.E. Escuela Normal Superior La Presentación
Grado Quinto – Soatá



Había una vez tres amigas que vivían en un bonito pueblo al norte de Boyacá, llamado Soatá. El sol brillaba casi todos los días y la gente era muy alegre y trabajadora. A las tres amigas les encantaba cantar y hacer shows para todos.

La primera se llamaba Luna y era la mejor bailarina del lugar.

Sus pasos eran increíbles, todos querían bailar como ella. La segunda era Estrella, que escribía canciones y hacía raps súper buenos. La tercera era Sol, la cantante principal, y su voz era tan hermosa que hasta los pajaritos se callaban para escucharla.



Pero un día pasó algo raro. Sol escuchó una historia de que un rey oscuro muy malvado mandaba demonios a cazar almas. Eran muy peligrosos, pero lo peor era que ahora el rey había enviado una banda de demonios disfrazados de humanos. Se hacían pasar por chicos normales para engañar a la gente y atraparla con mentiras.

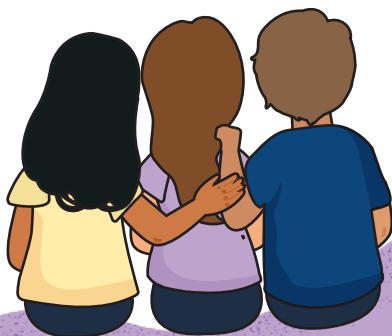


Los chicos se llamaban Carlos, Luis Ángel, Iker y Dylan. Llegaron diciendo que eran músicos nuevos, pero solo querían robar almas tristes y solas. Caminaban por las calles buscando gente con el corazón roto.



Sol se dio cuenta de que algo no estaba bien. Entonces, Estrella escribió una canción mágica llamada "No tengo miedo", que hablaba sobre el respeto, las amistades verdaderas y la tolerancia.

Luna inventó un baile muy fuerte y valiente, y Sol practicó para cantar con toda su fuerza y su corazón.





El sábado hicieron un concierto en la plaza de mercado del municipio. Toda la gente del pueblo fue, hasta los abuelitos, los niños y los perritos. Cuando las tres cantaron la canción mágica, algo pasó: los chicos empezaron a cambiar... ¡eran demonios disfrazados!



Todos gritaron, pero Sol no paró de cantar. Luna bailó con mucha energía y Estrella rapeó con fuerza. De pronto, los cazadores de almas llegaron con sus luces mágicas y, con ayuda de la música, vencieron a los demonios. ¡Fue increíble!

Mientras Sol, Luna y Estrella estuvieran unidas, siempre protegerían el pueblo con sus canciones mágicas.

Desde ese día, las tres amigas siguieron cantando en Soatá para enseñar a todos a ser valientes, respetuosos y a no dejarse engañar por lo que parece bueno, pero en realidad no lo es.



Y aunque el Rey oscuro seguía planeando cosas malas, mientras Sol, Luna y Estrella estuvieran unidas, siempre protegerían el pueblo con sus canciones mágicas. Desde ese día se convirtieron en heroínas.



El grito de esperanza



Jamerson Nicolás Correa Andrade

I.E. Santo Domingo Savio
Grado Quinto – Cuítiva

En un hermoso pueblo de Boyacá,
vivía una familia.

Juanita, una hermosa mujer,
vendía empanadas en la plaza.
Su hermano Ramón se encargaba de
comprar y llevar los ingredientes. Con
este trabajo ganaban dinero para los
gastos de su vivienda. Un día, en el
atardecer, cuando estaban listos
para ir de regreso a casa, Juanita





se despidió de su hermano con un fuerte abrazo, pues ella sabía que cuando llegara toda su tranquilidad cambiaría.

De camino a casa, Juanita decidió esconder su dinero. Sabía que su esposo, Jaime, se lo quitaría al llegar tras una larga semana de duro trabajo, y lo malgastaría con sus amigos sin importar el esfuerzo y sacrificio que su mujer hacía para llevar el sustento al hogar.

Después de pensar un largo rato, se preguntó si permitiría que esto siguiera sucediendo.

Pero, lamentablemente, la descubrió y le quitó todo el dinero. Juanita, con gran temor, corrió a la habitación. Ella pasó la noche más larga de su vida llorando y tratando de entender por qué Jaime se comportaba así.

Después de pensar un largo rato, se preguntó si permitiría que esto siguiera sucediendo.

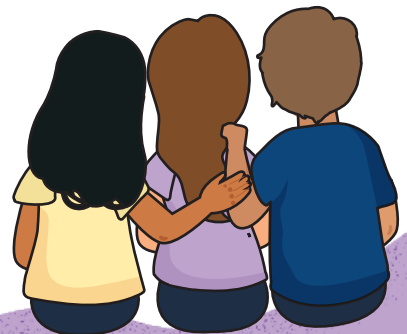
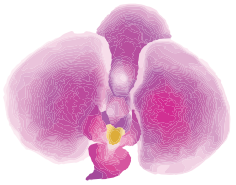
Al día siguiente, llamó a su hermano Ramón y le contó todo lo sucedido. Ella no podía callar más, así que decidió contarle que no era la primera vez que Jaime le quitaba el dinero. Su hermano, al escuchar



tal situación, se fue corriendo a casa de su hermana y, estando juntos, tomaron la decisión más grande e importante: alejarse completamente de su esposo, ya que primero estaba su bienestar.

Su hermano, lleno de tristeza y dolor por todo lo que su hermana estaba viviendo, la apoyó, siempre con la esperanza de que todo cambiaría. Acompañó a su hermana a denunciar el maltrato que estaba sufriendo. Después de todos esos largos años de dolor, Juanita se llenó de valor. Decidió superar y olvidar esos malos recuerdos, entendiendo que ella merecía respeto y que su valor era tan grande como el de cualquier mujer en el mundo.

Ella merecía respeto y que su valor era tan grande como el de cualquier mujer en el mundo.





La dulce voz de Valentina



Johan Stiven Alarcón Pérez

I.E. Técnica Agrícola
Grado Cuarto - Boavita

En un balcón tranquilo de una vieja casa vivía la pequeña Valentina, quien era una niña que observaba de forma silenciosa todo lo que pasaba a su alrededor. En su escuela todos sus compañeros jugaban, opinaban, bailaban, reían y cantaban, mientras a ella le costaba levantar su voz. Cierta día, durante una actividad planeada en clase de convivencia, su profesora propuso





que cada estudiante diera a conocer una historia sobre alguien a quien admiraba. En ese preciso momento, Valentina pensó en su querida abuela, quien para ella era una mujer valiente, puesto que había enseñado a muchos niños del vecindario a leer cuando nadie más lo hacía.



De repente, escuchó la voz suave de su maestra:

—Tú, Valentina, ¿quieres compartir la historia?

En ese momento, Valentina sintió miedo y la mirada de sus compañeros la asustaron aún más, pero algo de ella empujó su tierna voz.

—Mi abuela me enseñó a leer a escondidas. En aquellas épocas, cuando no dejaban que las niñas estudiaran, les decía que leer era una forma para aprender a volar.

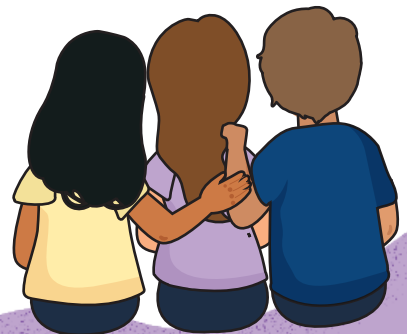
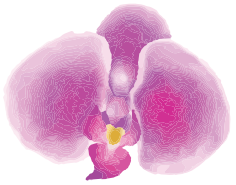


Para ella era una mujer valiente, puesto que había enseñado a muchos niños del vecindario a leer cuando nadie más lo hacía.



Todos los participantes guardaron silencio, sorprendidos al escuchar por primera vez a Valentina, e impactados de sus hermosas palabras y su hermosa voz.

Valentina empezó a jugar con sus amigos y amigas. Ya no era tímida. Decía que tenía una abuela muy maravillosa, de quien había aprendido cosas majestuosas y únicas para la vida. Un día, subió al balcón y recordó que su abuela ya no estaba, que había partido. De repente, cayeron lágrimas sobre sus mejillas, pero recordó que, gracias a la berraquera de su abuela y a la superación de ella misma, había logrado ser una gran astronauta. Una astronauta que, al igual que su abuela, les enseñó a muchas niñas a leer y escribir.





El jardín de Rosa

James Emilio Bayona Hernández

I.E. Técnica Agrícola
Grado Cuarto – Boavita



En un pequeño pueblo rodeado de montañas vivía una joven llamada Rosa. Todos la conocían por su belleza, pero ella era más que eso: tenía una sonrisa que iluminaba las calles y un corazón lleno de esperanza.

Sin embargo, desde pequeña había aprendido que el amor no siempre era lo que parecía.

Cuentos para la convivencia

Su madre, que había sido una mujer fuerte, le enseñó a valorar su voz y sus sentimientos.



—Nunca dejes que se apague Rosa —le decía—. Tú corazón es un jardín y debes cuidarlo siempre.

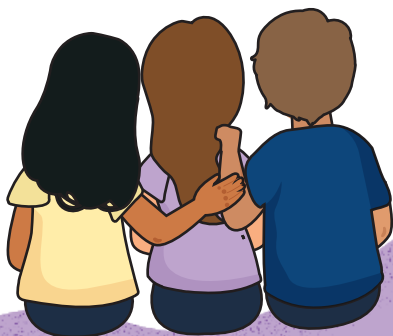
Rosa creció con esa enseñanza, pero, a medida que pasaban los años, empezó a encontrar dificultades en el camino. Un día, conoció a Luis, un joven apuesto y encantador, que parecía ser todo lo que ella había soñado. Pero, pronto se dio cuenta de que su amor venía acompañado de control y palabras que lastimaban más que cualquier herida visible.



Al principio, Luis decía que lo hacía porque la amaba, pero, pronto, las pequeñas actitudes se convirtieron en algo más grande: las miradas intimidantes y los comentarios crueles. Rosa comenzó a sentir que su jardín se marchitaba. No podía entender por qué alguien que decía quererla la trataba así.



Un día, mientras caminaba sola por el pueblo, Rosa encontró a su madre sentada en la plaza. Ella la miró y, sin decir una palabra, la abrazó. En ese abrazo, Rosa sintió algo que había olvidado: la fuerza de su propia voz, y que su madre siempre le había





recordado lo importante que era cuidarse a sí misma.

—Recuerda lo que te enseñé, mi amor —le susurró al oído—. Si alguna vez alguien te hace sentir menos, no es amor, es miedo, y te mereces ser amada con respeto y paz.

El amor propio es la clave para prevenir cualquier tipo de violencia.

Con el corazón lleno de valentía, Rosa decidió poner fin a la relación. No fue fácil, pero lo hizo por ella misma, por el jardín que tanto había cuidado durante toda su vida. Al día siguiente, enfrentó a Luis y, con una mirada firme, le dijo “ya no más”.

Con el tiempo, Rosa sanó, se rodeó de personas que la apoyaban y la amaban de verdad. Su jardín floreció de nuevo, más hermoso que nunca, porque ella había aprendido que la verdadera fuerza no está en aguantar, sino en reconocer lo que merece y nunca dejar que nadie la haga sentir menos. Y así, Rosa vivió recordando siempre que el amor propio es la clave para prevenir cualquier tipo de violencia, porque solo cuando se cuida puede ayudar a los demás a hacerlo también.



Letras de fuego



Samuel Alejandro Sepúlveda Suárez

I.E. Escuela Normal Superior La Presentación
Grado Cuarto – Soatá

En lo alto de la montaña de los suspiros, vivía Amalia, una mujer de ojos brillantes como luceros y manos curtidas por los años de siembra. Pero su mayor cosecha no era de maíz ni de flores: eran las palabras. Amalia sabía leer y escribir, un arte que, en su aldea, era tan escaso como el oro.





Desde niña había aprendido en secreto, bajo la enseñanza de un viejo profesor que pasó por la región y le regaló su único tesoro: un libro de cuentos mágicos. Amalia lo leía cada noche hasta que las letras se le quedaron sembradas en la piel. Cuando creció, entendió que el verdadero tesoro no era el libro, sino el poder de las palabras.



Pero algo oscuro acechaba la aldea. Una sombra llamada 'Olvido' había caído sobre sus habitantes. Los libros eran usados solo para encender fogatas, y las palabras escritas eran vistas como brujería. Los niños crecían sin saber firmar su nombre y los ancianos olvidaban el suyo. Amalia sabía que, si no actuaba pronto, el pueblo quedaría atrapado para siempre en un silencio sin letras y sin palabras.

Una noche, impulsada por el fuego de su convicción, bajó al pueblo con un plan: enseñaría a leer y escribir a quien quisiera aprender. Pero nadie se acercó. La gente le temía a la sombra del Olvido. Entonces, Amalia tuvo que cambiar de estrategia. Escondía mensajes en las paredes, escribía palabras dulces en las hojas de los árboles, dejaba cuentos en las



canastas de los mercados y metía por debajo de las puertas poemas. Poco a poco, las letras empezaron a susurrar curiosidades.



Fue entonces cuando un niño llamado Samuel fue el primero en interesarse y preguntar qué decía uno de esos mensajes. Amalia le enseñó a leer la palabra: *esperanza*. Aquello fue como encender una chispa. Pronto, otros niños se unieron; luego, sus madres; y finalmente, los abuelos. Cuando las letras fueron más fuertes que el miedo, Amalia construyó la primera escuela: una casita de barro con tableros hechos de piedra, tizas de ceniza y una hoja como borrador.



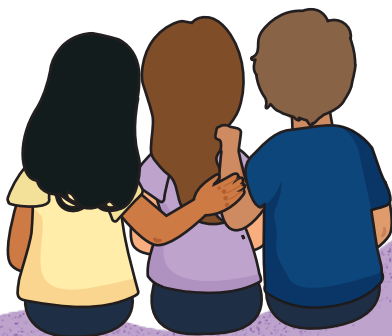
El 'Olvido' perdió su fuerza. Las palabras regresaron. La aldea volvió a nombrarse a sí misma.

Poco a poco,
las letras
empezaron
a susurrar
curiosidades.



Amalia no necesitó capa ni espada. Solo un libro, una voz y el corazón firme para creer que una letra puede ser más poderosa que cualquier sombra.

Desde entonces, se la conoce como la heroína de las palabras.





¡Quiero ser como ella!

Allison Gabriela Arenas Herrera

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez
Grado Quinto - Sogamoso



Mi nombre es Sofía y quiero contarles sobre la mujer más valiente que conozco. No tiene capa ni vuela, pero para mí es una superheroína de verdad.

Todo empezó cuando vi a unos niños más grandes molestando a mi amiga Mariana en el parque. Le decían cosas feas, solo porque ella es muy tímida y usa lentes.

Yo me sentía muy enojada, pero también tenía miedo. No sabía qué hacer.



Entonces apareció la agente Patricia, la policía que siempre patrulla nuestro barrio. Ella es una mujer fuerte y siempre nos saluda con una sonrisa. Cuando vio lo que pasaba, se acercó con calma.

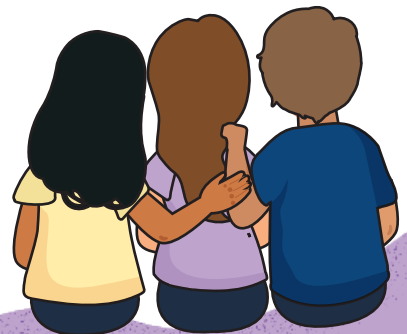
—Hola, chicos ¿Todo bien por acá? —les preguntó a los niños grandes.

Su voz era firme, pero amable. Los niños se pusieron nerviosos y trataron de irse, pero ella les pidió que se quedaran.

—Miren, todos tenemos diferencias y eso nos hace especiales. Mariana es una niña muy inteligente y merece respeto, igual que ustedes — les explicó.

Luego nos habló a todos sobre la importancia de cuidarnos entre nosotros. Ese día aprendí algo muy importante: las mujeres podemos ser valientes y proteger a otros. La agente Patricia me enseñó que no necesito ser grande o fuerte

**Todos tenemos
diferencias y
eso nos hace
especiales.**





para hacer la diferencia.
Solo necesito ser valiente y
hablar cuando veo que algo
está mal.

**Solo necesito ser
valiente y hablar
cuando veo que
algo está mal.**



Ahora, cuando veo que
alguien está siendo molestado en el colegio, pienso en
la agente Patricia y hablo con la profesora o ayudo a
mi compañero. También le conté a mi mamá lo que
pasó, y ella me dijo que todas las mujeres llevamos
una superheroína adentro.

Mi mamá, mi abuela, mis profesoras y la agente
Patricia me han enseñado que ser mujer significa ser
fuerte, inteligente y cuidar a nuestra comunidad. Ellas
me inspiran a ser mejor cada día.

Cuando sea grande, quiero ser como la agente
Patricia: una mujer que protege a otros
y ayuda a que todos vivamos en paz.
Porque las verdaderas superheroínas
no necesitan capa para cambiar el
mundo.



Sahara y su espejo mágico



María Alejandra Gil Cely

I.E. San Luis Beltrán
Grado Quinto – Covarachía

Había una vez una niña llamada Sahara, que vivía en un colorido pueblo rodeado de montañas y flores. Ella tenía la piel morenita como la canela, ojos grandes y curiosos como el cielo al atardecer, y una sonrisa que podía iluminar cualquier día nublado. Pero, a veces, cuando se miraba en el espejo, no se sentía tan especial.





—¿Por qué no soy como las princesas de los cuentos? —susurraba triste.

Un día, mientras jugaba en el bosque, Sahara encontró un espejo muy antiguo escondido entre las raíces de un árbol. El marco era dorado y tenía formas de mariposas y estrellas. Cuando se miró, el espejo parpadeó... ¡y le habló!

—Hola, Sahara. Soy un espejo mágico. No muestro cómo te ves, sino lo hermosa que eres por dentro.

Sahara se asustó un poco, pero luego sonrió con curiosidad.

**Veo un corazón
valiente,
amable y lleno
de amor.**

—¿Y qué ves en mí?

El espejo mostró imágenes: Sahara ayudando a su abuela a cocinar, recogiendo flores para su maestra, riendo con sus amigos, cuidando a un gatito herido. Cada imagen brillaba con una luz dorada.

—Veo un corazón valiente, amable y lleno de amor. Tu piel brilla como el sol, tus rizos bailan con el viento,



Cuentos para la convivencia

y tu voz es música. Eres única, Sahara. Eres mágica tal como eres.



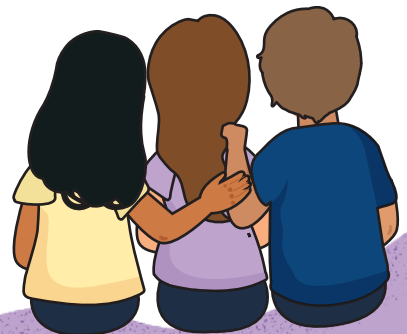
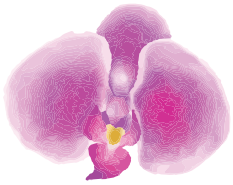
Los ojos de Sahara se llenaron de lágrimas, pero esta vez eran de alegría. Por primera vez, se sintió como una princesa de verdad: no por su ropa ni por una corona, sino por todo lo que llevaba en su corazón.

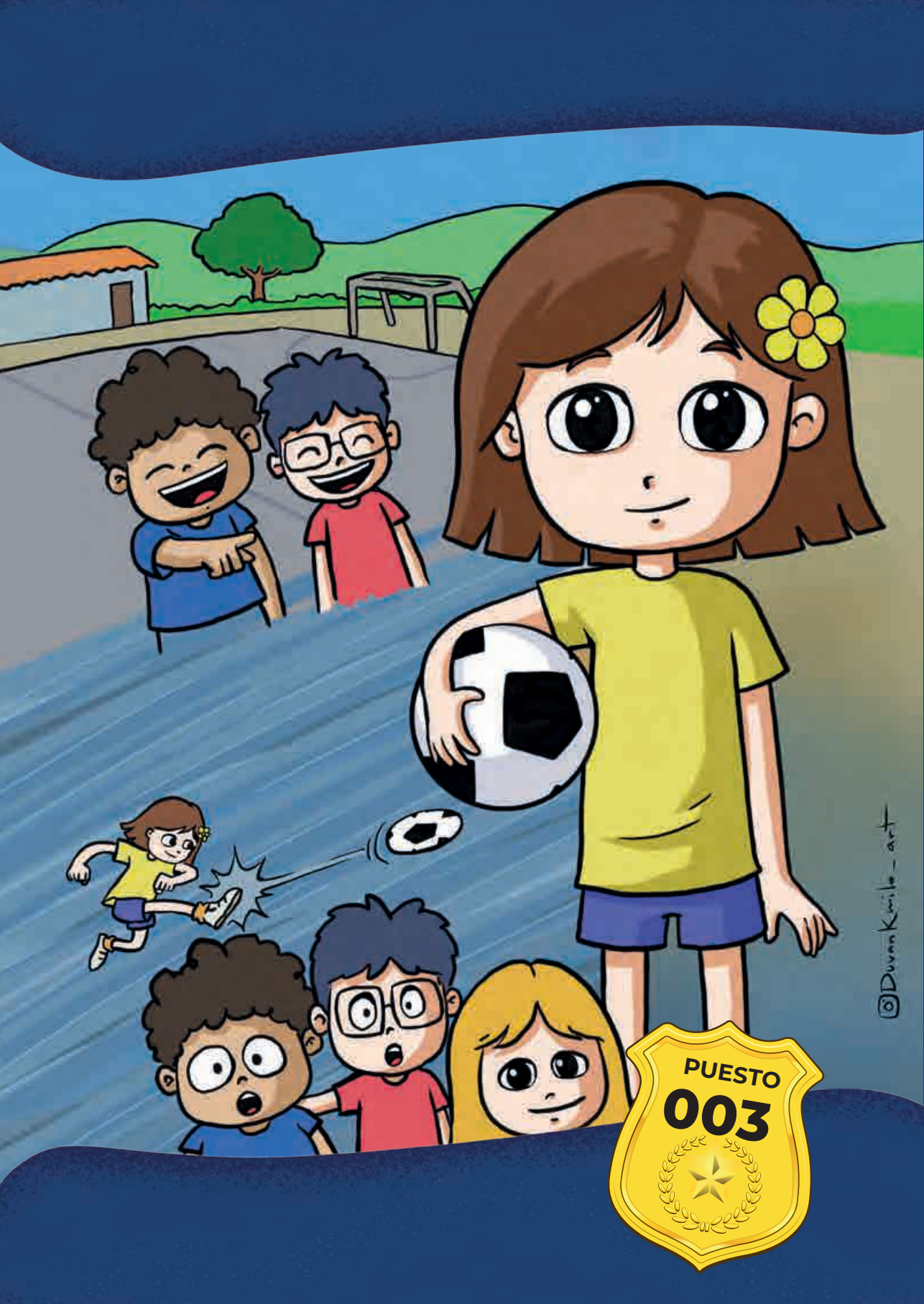
Desde aquel día, Sahara comenzó a mirarse al espejo con una sonrisa.

Eres
mágica tal
como eres.

—Soy especial —decía—. Y no necesito cambiar nada.

Y aunque el espejo mágico desapareció con el viento, Sahara llevaba su mensaje en lo más profundo de su alma. Porque cuando una niña aprende a amarse tal como es, no hay magia más poderosa en el mundo.





©Duvankislo-art

La niña del fútbol



Santiago Andrés Chaparro Ayala

I.E. Santo Domingo Savio
Grado Quinto – Cuítiva

En el pueblo de Cuítiva, todos los niños jugaban fútbol en la cancha de la escuela. Todos, en especial, Valeria.

A Valeria le encantaba el fútbol, ella sabía hacer dominadas y tiros con efectos al arco, y soñaba con meter goles como su jugadora favorita, Linda Caicedo. Pero había un problema: los niños decían que el fútbol no era para niñas.





—¿Y si me dejan jugar una sola vez? —Le preguntó Valeria a su mamá, y ella le respondió:

—Tú no necesitas permiso para soñar Valeria, solo necesitas creer en ti misma. Así que Valeria fue a la cancha con su balón bajo el brazo, se acercó al grupo y dijo:

—¿Puedo jugar?

Los niños se rieron de Valeria.

—¿Tú? ¡Las niñas no saben jugar fútbol!

Pero, justo en ese momento, el balón rodó hacia sus pies y Valeria lo pisó, lo levantó de un toque y comenzó a hacer trucos que dejaron a todos con la boca abierta. La pelota parecía flotar entre sus pies.

Un niño del equipo le dijo:

—Bueno, puedes entrar, pero solo de portera.



**Tú no necesitas
permiso para soñar
Valeria, solo necesitas
creer en ti misma.**





Valeria aceptó y el partido empezó. Durante los primeros minutos, apenas llegaban los primeros balones, pero cuando el mejor delantero del equipo rival se acercó para patear, Valeria se concentró y voló como un rayo para detener el tiro, después atajó otro y otro. Luego, le pasaron la pelota para sacar desde el arco y no lo dudó... corrió con fuerza y esquivó a dos defensores, hizo un truco y ¡goooooo! Todos se quedaron en silencio y luego comenzaron a aplaudir.

Se ganó el respeto de todos, no solo por sus habilidades, sino por su coraje.



—¿Quieres quedarte en el equipo? —le preguntaron al final.

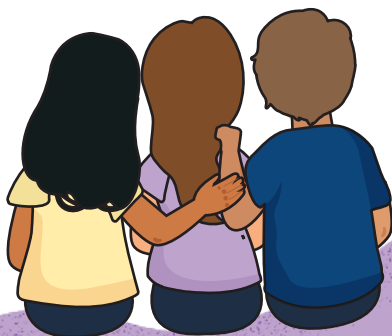
Valeria sonrió.

—Claro, pero esta vez de delantera —respondió ella.

Desde ese día, Valeria juega todos los partidos, se ganó el respeto de todos, no solo por sus habilidades, sino por su coraje, por no rendirse. Pronto, otras niñas del pueblo comenzaron a jugar, inspiradas por ella, y así Cuítiva tuvo por fin su primer equipo mixto de fútbol.



... gracias a la niña del fútbol que nunca dejó de creer en sí misma.





El poder de las pinturas

Salomé López Molano

I.E. Agroindustrial y Empresarial los Andes
Grado Quinto – Sogamoso



Había una vez una mujer llamada Lucía que vivía en un pequeño pueblo rodeado de montañas y ríos. Lucía era muy talentosa, ella se dedicaba a pintar retratos de mujeres valientes a lo largo de la historia. Sus obras eran conocidas por capturar la esencia de la fuerza y la determinación de sus personajes.



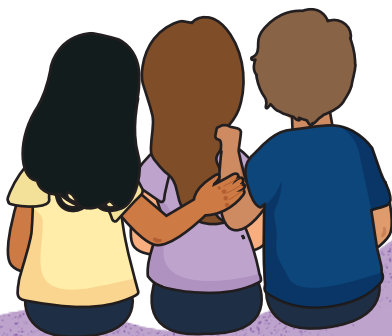
Sin embargo, en su propio pueblo, Lucía veía una realidad muy diferente: las mujeres de su pueblo eran tratadas con desprecio y desdén por los hombres, eran vistas como inferiores y se les negaba la oportunidad de tomar decisiones importantes o de perseguir sus sueños.

Lucía se sentía frustrada y triste al ver la situación. Quería pintar retratos de las mujeres de su pueblo, pero no podía evitar sentir que estaba traicionando su arte al no poder capturar la verdadera esencia de aquellas mujeres. Ella notaba que las mujeres de su pueblo en realidad eran valientes, no obstante, gracias al miedo y la opresión, su valentía estaba oculta.

Una mañana, Lucía decidió hablar con las mujeres del pueblo y escuchar sus historias de vida. Ellas se sorprendieron de que alguien quería escucharlas. Al día siguiente, Lucía empezó a retratarlas, pero no como víctimas, sino como soñadoras y heroínas.

Lucía se sentía frustrada y triste al ver la situación.

Sus pinturas mostraban a las mujeres fuertes y determinadas, con miradas que desafiaban la





opresión y la injusticia; usaba en sus lienzos colores vibrantes, expresivos y hasta rebeldes, capturando así toda su valentía.



Las pinturas eran poderosas, las mujeres del pueblo se sintieron escuchadas por primera vez en muchísimo tiempo. Comenzaron a verse a sí mismas como únicas e importantes, su autoestima y confianza creció. Lucía había logrado algo increíble: había dado voz y visibilidad a las mujeres de su pueblo.

Con el tiempo, las pinturas de Lucía se volvieron famosas en todo el país. Las mujeres del pueblo se convirtieron en inspiración para otras mujeres que luchaban contra el maltrato que les daban los hombres y las injusticias que esto traía. Lucía había encontrado una manera de combinar su arte con pasión por la justicia social, haciendo algo verdaderamente especial.



Lucía había logrado algo increíble: había dado voz y visibilidad a las mujeres de su pueblo.



La tortuga Nina y la gata Cloe



Zara Valentina Fuentes Urrutia

I.E. Colegio de Sugamuxi
Grado Quinto - Sogamoso

*Un cuento sobre la fuerza de las mujeres
y el valor de la empatía.*

Nina era una tortuga dulce, tranquila y muy sabia, que acababa de llegar a una nueva escuela del bosque.

Su caminar pausado y su voz suave hacían que los demás animales no le prestaran mucha atención. Pero Nina no se dejaba vencer fácilmente: había aprendido de las mujeres de su familia que la fortaleza no siempre se muestra con gritos, sino con constancia y corazón.





Un día decidió acercarse a Cloe, una gata elegante, segura de sí misma y muy admirada por todos. Siempre llevaba un lazo rojo en el cuello que, según decía, había sido de su abuela, una gran líder del bosque.

**La fortaleza
no siempre se
muestra con gritos,
sino con constancia
y corazón.**

—¿Quieres ser mi amiga? —preguntó Nina con voz temblorosa.

Cloe la miró de arriba abajo, arqueó una ceja y respondió:

—Bueno, si insistes... pero no me retrases.

Aunque Cloe aceptó, pronto demostró una actitud burlona:

- Le escondía el almuerzo a Nina “para ver si era rápida”.
- La obligaba a cargar sus libros, riéndose de su caparazón.
- Y en la heladería, dejó caer “sin querer” el helado de Nina, y se rio mientras ella lo recogía del suelo.

Pero Nina, como muchas mujeres fuertes y silenciosas, decidió no responder con violencia. En lugar de eso, pensaba: “Tal vez si le muestro paciencia y respeto, entienda cómo se trata a una amiga”.

Una tarde, mientras paseaban por el bosque, Cloe trepó un árbol para presumir su agilidad, pero resbaló y cayó en un charco de lodo. Su lazo rojo quedó manchado y sus patas temblaban.



Cuentos para la convivencia

—¡Ayuda! ¡No puedo moverme! —gritó desesperada.

Los demás animales pasaron de largo. Aunque la admiraban, sabían que Cloe no había sido amable con nadie. Pero Nina, sin pensarlo, avanzó paso a paso hasta ella.

—No te preocupes, voy a ayudarte —le dijo, y usó su caparazón como apoyo para que Cloe pudiera levantarse.

Cloe, empapada y avergonzada, miró a Nina con lágrimas en los ojos. Ella le ofreció un pañuelo limpio.

—¿Por qué me ayudas? Si yo fui tan cruel contigo...

—Porque las mujeres debemos cuidarnos unas a otras, incluso cuando el camino ha sido difícil —respondió Nina con una sonrisa firme.

Desde ese día, Cloe cambió:

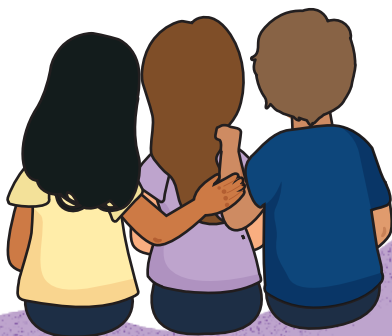
Se disculpó sinceramente con Nina.

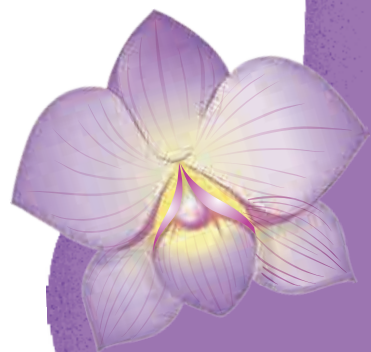
La apoyó con sus estudios y compartieron muchas risas.

Y en su cumpleaños, le regaló un lazo azul con una inscripción: “Para la amiga más valiente que he conocido”.

Las mujeres debemos cuidarnos unas a otras, incluso cuando el camino ha sido difícil.

Moraleja: *Las verdaderas mujeres no compiten entre ellas, se acompañan, se apoyan y se enseñan. Porque cuando una mujer ayuda a otra, ambas crecen.*





El jardín bonito de la esperanza

Sara Victoria Patiño Faura

I.E. Jorge Clemente Palacios
Grado Cuarto – Tibasosa



En el maravilloso municipio de Tibasosa, también conocido como el jardín de Boyacá por sus casas coloniales, flores de geranios y buganviles, vivían tres amigos muy especiales: Florencia Feijoa, Mateo Mirador y Luna Guática.

Florencia era alegre, le fascinaba ayudar a los demás y siempre recogía feijoas en la huerta familiar como parte del festival del pueblo. Mateo era curioso, le encantaba subir al cerro Guática para mirar el Valle y aprender de la historia precolombiana. Por su parte, Luna Guática, la más valiente, soñaba con ser guardiana del Bioparque Guática y proteger a todos los animales.



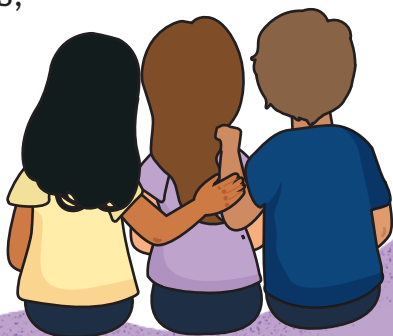
Un día, apareció en el parque un tío muy gruñón llamado Don Rudo, quien hablaba de manera muy grosera y alterada a su esposa Doña Amelia, y la mandaba a callar frente a todos. Doña Amelia, con voz baja, ya no sonreía como antes. Los tres amigos se miraron alarmados, sabían que algo andaba mal.



—Ella siempre ha sido la mejor contadora de cuentos del municipio —dijo Florencia, con tristeza.



Así que se reunieron secretamente en el viejo árbol de caucho del parque principal, donde se hacía cada diciembre el famoso pesebre, para idear un plan. Decidieron regalarle una fiesta sorpresa a Doña Amelia, con sus cuentos favoritos, música de guitarra, dulces y sabajón de feijoa para alegrarla.





En la fiesta, mientras amanecía con el aire fresco de Tibasosa, algo pasó: Don Rudo vio a todos apoyando a Doña Amelia, vio el respeto y el cariño que le tenían, sintió vergüenza y, por primera vez, escuchó con atención, sin interrumpir.

Doña Amelia habló sobre sus sueños: enseñar a leer a los niños y contar historias de música, de la época colonial y del matriarcado histórico de Tibasosa, donde las mujeres han gobernado durante muchos años.

Don Rudo entendió el daño que causaba y, con voz temblorosa, pidió perdón prometiendo cambiar. Todos los presentes aplaudieron y celebraron juntos, y Doña Amelia sonrió de nuevo.

Desde ese día, Doña Amelia volvió a contar sus relatos. Florencia recogió feijoas para compartirlas con sus amigos, Mateo organizó paseos al mirador y Luna cuidó de los animales del Bioparque. Y lo más importante: Don Rudo aprendió a respetar y valorar a su esposa, comprendiendo que un verdadero jardín necesita historias, amor y respeto para florecer.

Sintió vergüenza y, por primera vez, escuchó con atención, sin interrumpir.



Alicia y el árbol que hablaba



Sara González Chaparro

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Cuarto - Tunja

Había una vez un pueblito pequeño rodeado de montañas y flores silvestres. Allí vivía Alicia, una mujer muy trabajadora, con manos fuertes y una sonrisa que daba calma. Todos en el pueblo la conocían, pero algunos decían que “hablaba demasiado”.





—¡Las mujeres deben quedarse calladas! —decían algunos hombres en la plaza. Pero Alicia pensaba todo lo contrario.

A Alicia le gustaba ayudar, sembrar flores y enseñar a los niños a leer cuentos. Pero un día se dio cuenta de algo triste: en las reuniones del pueblo solo hablaban los hombres. Las mujeres solo miraban, en silencio, tal vez por miedo, pena o porque muchas veces eran juzgadas y burladas.

Entonces, un día Alicia hizo algo valiente. Se paró bajo el gran árbol de Acacia que quedaba en el parque principal del pueblo y dijo en voz alta:

—¡Todas las personas tenemos derecho a hablar, a ser escuchadas y respetadas!

Al principio, nadie respondió. Pero, al día siguiente, una señora mayor se acercó, luego una joven y luego una niña. Y así, poco a poco, el árbol se llenó de voces. Hablaron de cómo mejorar la escuela, de cuidar el agua, de compartir el trabajo en casa, y de tratarse con respeto.

¡Todas las personas tenemos derecho a hablar, a ser escuchadas y respetadas!



Cuentos para la convivencia

Los hombres se sorprendieron. Algunos se molestaron, pero otros empezaron a escuchar.

Y fue así que ellos descubrieron que, cuando todos opinan, las ideas son más grandes y mejores.

Gracias a Alicia y a las demás mujeres, el pueblo cambió. Las niñas ya no pensaban que su voz era pequeña. Sabían que podían ser científicas, alcaldesas, campesinas o lo que soñaran.

Una tarde, en la esquina del parque una niña le preguntó a Alicia:

—¿Tú no tuviste miedo?

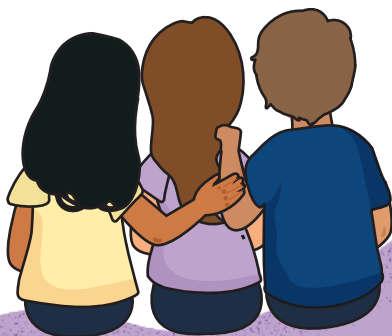
Alicia la miró con cariño y le dijo:

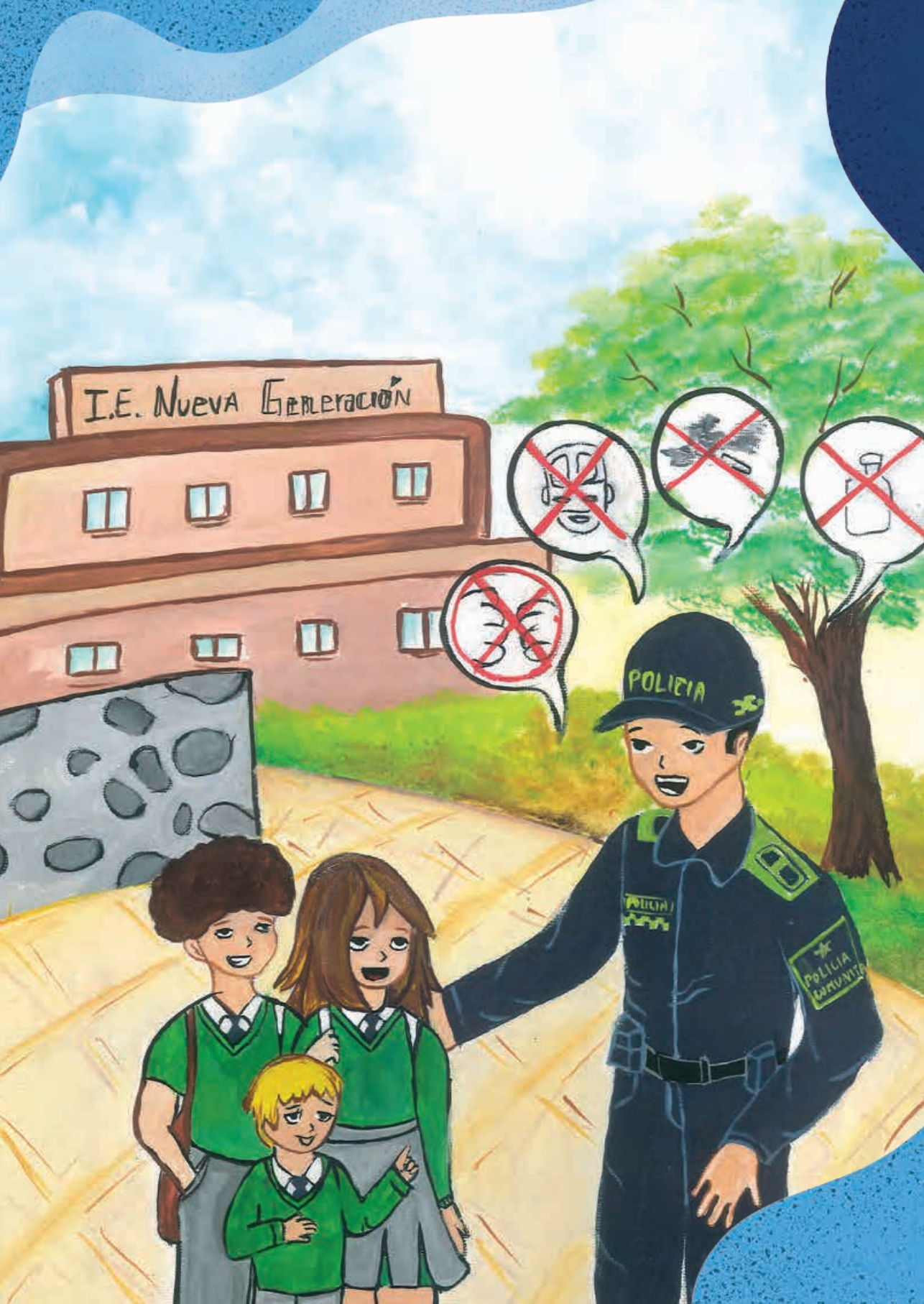
—Sí, claro que tuve miedo. Pero aprendí que la valentía es decir la verdad y lo que uno siente, aunque tiemble la voz.

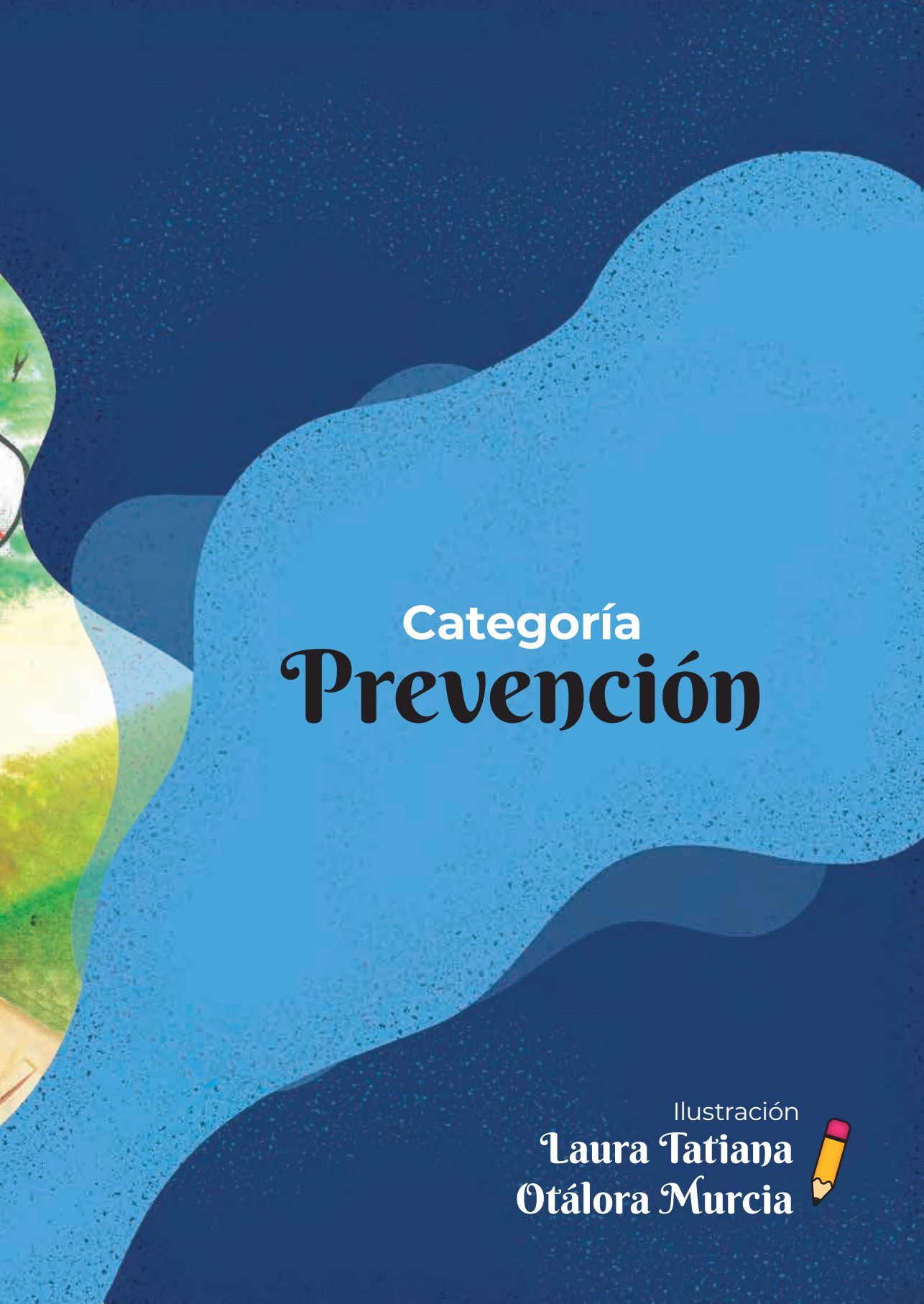
Desde entonces, todos los sábados y domingos, niños, niñas, abuelos y mamás se reúnen bajo el hermoso árbol de Acacia. Allí hablan, cantan, sueñan.

Y el árbol, muy feliz, escucha todo; porque cuando las mujeres alzan su voz, el mundo florece.

La valentía es
decir verdad
y lo que uno
siente, aunque
tiemble la voz.







Categoría **Prevención**

Ilustración
**Laura Tatiana
Otálora Murcia**





La red de la selva



Luis José Ochoa Torres

I.E. Técnica y Académica Nuestra Señora del Rosario
Grado Sexto – Boavita

En un rincón moderno de la gran selva digital, los animales jóvenes usaban una red llamada SelvaConect para compartir lo que les gustaba: arte, música, ideas y hasta memes. Todo fluía en armonía... hasta que Zarpas, un zorrillo con buen humor, pero poca empatía, comenzó a hacer comentarios pesados.

Empezó con burlas al capibara Tito por su forma de caminar, luego editó una foto de la





!X@i



jirafa Nina para hacerla viral, y envió mensajes anónimos al mono Leo diciéndole que “nadie lo quería en la red”.

Al principio, todos pensaron que era broma. Pero con el tiempo, Tito dejó de entrar, Nina borró su perfil y Leo ya no respondía mensajes.

La tortuga Lila, que siempre escuchaba con atención, notó el cambio y convocó a sus amigos.

—Chicos —dijo con voz firme—, esto es ciberacoso. No es un juego. Es cuando alguien usa las redes para herir, intimidar o humillar a otro. Y no podemos normalizarlo.



—¿Y si lo ignoramos? —preguntó Leo—. ¿Eso no lo detendrá?

Esto es ciberacoso. No es un juego.

—Ignorar no siempre basta —respondió Lila—. Es mejor hablarlo, buscar apoyo y no quedarnos callados. También podemos reportar lo que está pasando. La red es de todos y todos merecen respeto.

Entonces fueron juntos donde el Gran Búho, sabio de SelvaConect.

Cuentos para la convivencia

—Gracias por confiar en mí —dijo el búho—. Vamos a manejar esto con justicia y diálogo. El respeto no es opcional aquí.

Días después, Zarpas apareció algo nervioso.

—Lo siento... No entendía cuánto daño causaba. Pensé que era solo diversión. Pero si me dan la oportunidad, quiero cambiar y ser alguien que construye, no que destruye.

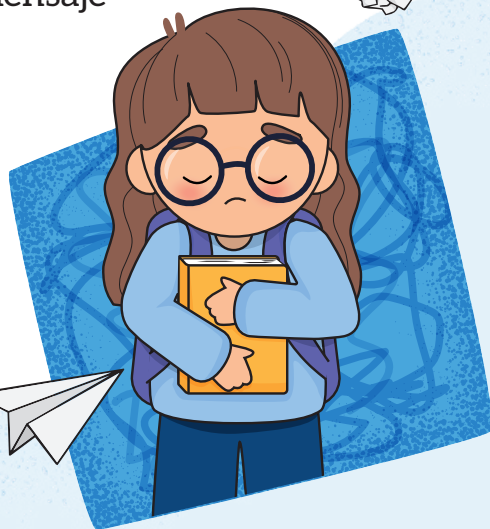
Los demás animales lo miraron por un momento. No había aplausos, pero tampoco rechazo. Solo una respuesta clara:

**Tus palabras
pueden
levantar o
derribar.**

—Todos podemos cambiar. Pero el cambio se demuestra con acciones.

Desde entonces, SelvaConect recuperó su esencia. Los perfiles se llenaron de creatividad, mensajes positivos y apoyo real. Y cada vez que un nuevo usuario se unía, Lila dejaba este mensaje anclado:

“En esta red, nadie es invisible. Tus palabras pueden levantar o derribar. Usa tu voz para construir, no para destruir”.





El coraje que nos une

Brayan Alejandro Laverde Avendaño

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Séptimo – Tunja



El sol bañaba el patio de recreo, pero Mateo se encogía bajo el árbol como un caracol sin caparazón. Sus lentes empañados reflejaban dos lunas borrosas sobre sus mejillas rojas. Lucas lanzaba sus palabras como piedras:

—¡Cuatro ojos! ¿Otro día solito? —sus amigos reían cómplices.

Cada burla era un ladrillo en el muro que lo aislaba. Mateo buscó una rendija: una mirada, una señal... Solo vio zapatos que giraban

hacia otro lado. *El silencio alimenta a los bravucones*, pensó.

Elena apretó las manos. Recordó el afiche del salón: **"Si ves algo, ¡di algo!"**. Pero su voz parecía atorada en miel espesa. *¿Y si Lucas se enfurece conmigo?*

Al día siguiente, un empujón derribó a Mateo. Su lonchera rodó por el suelo. Lucas la pisoteó con crueldad:

—¡Comida de ratas!

Entonces sucedió. Como un pájaro rompiendo el cascarón, la voz de Elena voló libre: —¡BASTA! ¡Eso es COBARDÍA!

El tiempo se congeló. Lucas giró lentamente, con los ojos encendidos: —¿Quieres seguirle, llorona?

¡El abuso no es juego!

Pero antes de que respirara, Javier —el silencioso Javier— plantó sus pies junto a Elena:

—¡Aquí respetamos a todos! Sofía entrelazó su brazo con ella: —¡El abuso no es juego! Benjamín levantó su cuaderno como escudo: —¡Juntos somos más!



!X@i

Y entonces floreció el milagro: Diego, Carmen, Omar... Una docena de pasos resonaron al unísono. Formaron un círculo protector alrededor de Mateo. Sin gritos: firmes, serenos, eran una **barrera humana** contra el maltrato.

Lucas retrocedió. Su sonrisa se agrietó como yeso seco. Sin testigos mudos, sin risas cobardes, su poder se desvaneció. Recogió la lonchera aplastada y la entregó a Mateo con manos temblorosas antes de marcharse.

**Sin gritos:
firmes, serenos,
eran una barrera
humana contra
el maltrato.**

La maestra Díaz apareció con ojos brillantes:

—Hoy crearon la vacuna contra el *bullying*: **valentía compartida**. Mateo, con lágrimas que ahora brillaban, ofreció su galleta partida a Elena:
—Gracias —musitó.

Ella sonrió. No hubo golpes ni insultos. Solo **coraje que se multiplica**. Aprendieron que prevenir no es callar, sino **actuar en equipo**. Cada voz que rompe el silencio es un cimiento nuevo. Y ese día, sembraron un recreo donde el respeto echó raíces profundas.

**Prevenir no
es callar,
sino actuar
en equipo.**

Cristian y sus donas



Cristhofer Samuel Mesa Cárdenas

I.E. Rafael Gutiérrez Girardot
Grado Séptimo – Sogamoso

Voy a contar la historia de un chico llamado Cristian. Él estaba en octavo grado y tenía un hermano llamado Samuel, que cursaba séptimo. Un día llegó un estudiante nuevo; cuando le preguntaban por qué lo habían cambiado de colegio, nunca respondía. Cierta día, el compañero de Cristian estaba vendiendo donas a escondidas de los maestros. A Cristian le parecía sospechoso, pero pensó que era porque se las





!X@i

podían confiscar. Entonces fue, le compró una dona para probar y la escondió para comérsela en la casa.

Ese día, los padres de Cristian tenían un asunto fuera de casa, así que los hijos se quedaron solos. Cristian se comió la dona a escondidas de su hermano Samuel para evitar compartirla, como suele suceder entre hermanos; sin embargo, unos minutos después comenzó a sentirse extraño y se quedó dormido. A la mañana siguiente despertó con una sensación de vitalidad y calma, como si viera el mundo diferente: más lento, más tranquilo. Desde entonces, empezó a comprar donas con mayor frecuencia a su compañero, pues aquella sensación, incluso, le quitaba hasta el apetito.

Unos minutos después comenzó a sentirse extraño y se quedó dormido.

Un día, Cristian tenía un partido de fútbol y Samuel entró a su habitación a dejar un poco de ropa. Allí encontró una dona entre las cosas de su hermano y, sin pensarlo, se la comió. Al principio sintió lo mismo que Cristian, pero esta vez la reacción fue distinta: pasados unos minutos, el cuerpo de Samuel comenzó a convulsionar, pues era alérgico a algunas de las sustancias que contenía la dona.

Cuentos para la convivencia

Fue llevado de urgencia al hospital, donde informaron a la madre lo sucedido y recalcaron la importancia de saber cómo había conseguido esa dona. Cuando le preguntaron a Cristian, él lo negó todo. Más tarde, cuando Samuel se recuperó, contó a sus padres y a los médicos lo que había ocurrido, pero Cristian seguía negando y asegurando que había sido Samuel quien había llevado la dona a casa.

Los padres no pudieron hacer que Cristian aceptara su responsabilidad y le pidieron a Samuel vigilar a su hermano en el colegio. Con seguimiento y fotos, Samuel pudo encontrar al distribuidor. Los padres informaron a las directivas del colegio, quienes iniciaron la ruta de atención y llamaron a la policía de infancia. Gracias a su experiencia, los agentes ofrecieron alternativas para dejar el consumo y la venta, no solo a Cristian y su familia, sino al distribuidor.

Los agentes ofrecieron alternativas para dejar el consumo y la venta.



Lo valioso no es lo que se ve, sino lo que se siente

Ferney David Cardozo López

I.E. Toquilla

Grado Octavo – Aquitania



En una pequeña vereda, había una escuela llamada *La Independencia*. Aunque todo parecía igual por fuera, en cada aula de clase se encontraban historias diferentes, como la de Pedrito.

Pedrito era un niño alto, de ojos grandes, cabello rizado negro y de piel oscura. Él había llegado a la escuela hacía unas semanas atrás. Era proveniente de un pueblo

Cuentos para la convivencia

del Chocó. Pedrito era muy amable, sonriente y carismático. Algunos de sus compañeros comenzaron a molestarlo por su acento, por la ropa que usaba y, sobre todo, por su aspecto físico y color de piel.

Una de las compañeras le decía entre burla y chanza: “¿Por qué estás tan quemado?” “Seguro vienes de la selva”, comentó otro niño. A Pedrito le afectaba cada burla dicha por sus compañeros. Aunque él los ignoraba, sufría por el *bullying* dirigido hacia él. Él prefería no hablar y esconderse en los recreos. No quería volver a clase, pues se sentía solo, aunque estaba rodeado de sus compañeros y profesora.

Un día, su profesora Elena lo encontró llorando. Al notar su tristeza, se le acercó y le preguntó qué le pasaba. Pedrito, visiblemente afectado, le explicó que se debía a las burlas y chantajes de sus compañeros porque venía de otra región.

A Pedrito le afectaba cada burla dicha por sus compañeros.

Al día siguiente, la profesora preparó una clase diferente que dejaría una lección. Trajo una caja misteriosa que contenía corazones de diferentes colores, y les dijo: “Hoy aprenderemos algo distinto”. Cada niño cogió un corazón y lo leyó, y quedaron



!X@i



confundidos al ver que todos llevaban la misma frase: "Late igual".

Un niño preguntó:

—¿Qué significa esto? ¿Qué significa que todos los corazones, por fuera, sean distintos y que, por dentro, tengan la misma frase?

La profesora, sonriendo, le contestó:

—Así somos las personas. Podemos ser diferentes, hablar diferente, tener distintas creencias, culturas o distinto color de piel, pero todos sentimos miedo, tristeza y alegría. Así que tenemos el mismo corazón.



Hubo un silencio largo. Uno de los niños que solía burlarse de Pedrito reflexionó y dijo:

—Perdón. No sabía que mis burlas te hacían sentir mal. Conozcámonos contando nuestra historia de vida.

**Todos sentimos miedo,
tristeza y alegría.
Así que tenemos el
mismo corazón.**

Desde ese día, todos aprendieron que lo más valioso no es lo que se ve, sino lo que se siente, y que el único color que realmente importa es el del corazón.



La decisión de Pablo



María José Rincón García

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez
Grado Octavo – Sogamoso

Pablo tenía 15 años y brillaba como delantero en el equipo de su colegio. Su sueño era jugar algún día como profesional y, por qué no, poder vestir la camiseta de la Selección Colombia. Se esforzaba entrenando a diario con mucha dedicación, sin faltar jamás a una práctica.





!X@i

Tenía bastantes amigos, pero últimamente Gabriel, uno de ellos, estaba actuando raro. Ya no iba a entrenar y se pasaba el rato en la esquina con unos chicos que fumaban y hablaban de cosas que a Pablo no le parecían correctas.

Una tarde, al terminar el entrenamiento, Gabriel lo llamó desde la esquina para presentarle a sus amigos. Pablo sabía que no debía acercarse, pero le ganó la curiosidad. Al llegar, uno de los muchachos le ofreció un cigarrillo raro y le dijo que no se arrepentiría de probarlo.

Pablo estaba dudando. Todos estaban mirándolo, esperando su respuesta. Una parte sintió temor de quedar como un cobarde ante esos chicos. Pero recordó lo que el entrenador siempre decía: “Un deportista se respeta y cuida su cuerpo. Las drogas no fortalecen, te consumen”.

Observó el cigarrillo, luego su uniforme de fútbol, y con valentía les dijo:

—No, gracias. Eso no es para mí.

Todos se empezaron a burlar de él y Gabriel lo miró con

Con valentía
les dijo: —No,
gracias. Eso
no es para mí.

decepción. Pero a Pablo no le importaba lo que pensarán ellos y se fue sin voltear.

Esa noche no durmió, se quedó pensando en lo que había ocurrido. Sintió satisfacción de rechazar ese cigarrillo, ya que eso pudo haber cambiado su vida negativamente. Se sentía feliz de defender su opinión sobre las drogas.

**Presta
atención
a tus
decisiones.**

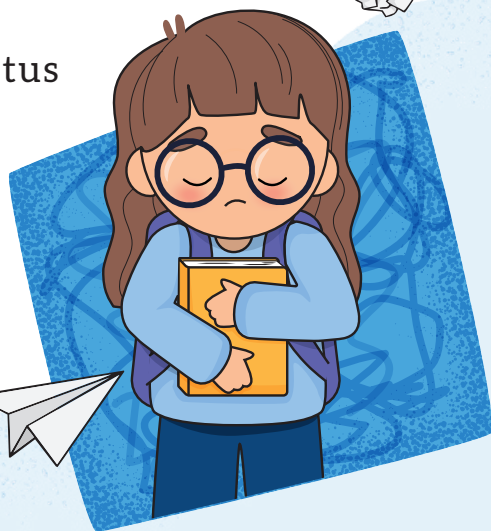
Con el tiempo, Gabriel dejó el colegio y se metió en varios problemas. Pablo, al contrario, siguió entrenando aún más duro, al punto que consiguió formar parte de una selección juvenil.

Un día, después de un partido, un niño entre el público le pidió una foto.

—Quiero llegar a ser como tú —le dijo con admiración.

Pablo sonrió y le contestó:

—Entonces, presta atención a tus decisiones. No cometas errores que pueden arruinarte la vida.





@Duvankwilo-art



Mas allá de un físico



Carlos Snaider Bautista Lancheros

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Octavo - Tunja

Por recomendación médica, Aurora y Felipe inscribieron a su hijo Samuel en una escuela de fútbol para que pudiera hacer ejercicio y mejorara su salud, pues tenía obesidad y debe cambiar sus hábitos alimenticios y realizar actividad física.

Al llegar, su entrenador le dio la bienvenida y lo presentó ante los demás compañeros. Tito, el capitán, dijo en forma de





!X@i

burla: “miren, llegó el nuevo balón”. Sus compañeros se rieron y dijeron que estaba equivocado de cancha, que los niños que entrenaban SUMO estaban en el coliseo.

Samuel, al escuchar esto, se alejó del campo y lloró. Su entrenador lo alcanzó y le dijo que debía que entrenar y tener dedicación para que les demostrara a los demás que era muy bueno. Lo convenció de regresar y empezaron el entrenamiento. Tito le hacía zancadilla y lo hacía caer, fingió que fue sin querer. Martín lo empujó, Felipe no le hacía pases y los pocos que le hacían iban directo a su cara.

Terminó el entreno y Samuel le comentó al entrenador que quizás él no era bueno, motivo por el cual pensaba en retirarse y realizar otro deporte. El entrenador le dijo que confiara en él mismo y que no se rindiera.

Debía entrenar y tener dedicación para que les demostrara a los demás que era muy bueno.

Al día siguiente, más confiado de sus capacidades, Samuel empezó a jugar y fue olvidando, poco a poco, todos los comentarios negativos (“gordo”, “bola”, etc.). Aunque Tito no dejaba de molestarlo y hacerlo

El entrenador le dijo que confiara en él mismo y que no se rindiera.

sentir mal, él lo ignoraba y continuaba con su juego, enfocado en sobresalir.

Llegó el día del campeonato, con mucho esfuerzo y dedicación, el equipo de Samuel llegó a la final. Estando en la cancha y a punto de terminar el primer tiempo, Tito se lesionó y tuvo que salir de la cancha, el entrenador le comentó que el único apto para reemplazarlo era Samuel, puesto que tenían el mismo nivel. Tito no estaba de acuerdo, pero no había otra opción.

Comenzó el segundo tiempo y el juego se puso tenso, pues sabían que el capitán del equipo no estaba. En el minuto 60 Samuel recibió un pase de Felipe e hizo un gol. Continuó el juego y faltando 2 minutos hizo otro gol, que permitió ganar el campeonato.

Samuel estaba muy feliz, porque logró lo que tanto quería. Tito y sus compañeros, con un abrazo, se acercaron y dijeron que el triunfo era de todos. Ahora no solo son el mejor equipo, sino los mejores amigos.



La mariposa consentida

Valeri Nicol Gutiérrez Muñoz

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez

Grado Octavo – Sogamoso



En la montaña de Ocetá, una oruga vivía con sus padres llena de riquezas. Ellos la adoraban y consentían en todo, ya que era su única hija, haciendo que su vida fuera fácil y cómoda.

Llego el día en el que la oruga se convirtió en crisálida y se encerró en su capullo. Sus padres, ansiosos por verla ya transformada

en mariposa, la ayudaron a salir antes de tiempo del capullo.

Sin embargo, la mariposa se dio cuenta de que una de sus alas era más corta. No se había cumplido su ciclo lo suficiente y no podía volar. La mariposa se sintió desanimada, ya que volar era algo que siempre había soñado. Sus padres sintieron tristeza, porque, por su culpa, su hija no podía volar.

Las demás mariposas se empezaron a burlar de su condición, diciéndole la “Maricorta” y “sin vuelo”...

Un día, mientras caminaba por la montaña, la mariposa conoció a una hormiga que le ofreció una solución mágica que le ayudaría a resolver sus problemas: unas hojas que, al quemarlas e inhalarlas, le iban a hacer olvidar su tristeza, también le hacían sentir que volaba sin tener la necesidad de moverse.

La mariposa se sintió desanimada, ya que volar era algo que siempre había soñado.

La mariposa aceptó la oferta y comenzó a inhalar el humo. Al principio, ella se divertía, soñaba y sentía que flotaba. Pronto, no



!X@i

volvió a salir de su casa y la conexión ya no era la misma con sus padres. Luego de mucho tiempo, se dio cuenta de que estaba perdiendo el rumbo de su vida.

Un día, se dio cuenta de que necesitaba ayuda y decidió buscar rehabilitación. Con ayuda de sus padres, y un tratamiento adecuado, la mariposa logró superar su adicción.

Cuando volvió a la montaña con sus padres, se dio cuenta que, aunque era diferente a las demás mariposas, ella también podía hacer cosas que la hicieran feliz.

Aunque era diferente a las demás ... también podía hacer cosas que la hicieran feliz.

Pasó el tiempo y se convirtió en una de las mejores mariposas polinizadoras. Gracias a su habilidad, logró que las plantas crecieran y florecieran. Ella pasó el

resto de su vida conviviendo con sus padres, amigos y otras mariposas que también tenían una condición especial y que cometieron el mismo error que ella. Así, la mariposa pudo enfrentar sus problemas haciendo lo que la hacía feliz.

La linterna del páramo



Luciana Otálora Rincón

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Octavo - Tunja

En una vereda rodeada de montañas y frailejones, vivía Elián, un niño curioso que siempre andaba con su mochila y su ruana. Su abuela, antes de morir, le dejó una linterna antigua con una llama azul.

—Cuando algo no te huela bien, prende la luz —le decía con tono serio.





!X@i



Una tarde, mientras exploraba cerca del bosque nublado, un zorro que caminaba en dos patas salió de entre los matorrales.

—Oye, Elián, encontré una cueva con dulces, juegos y hasta un televisor encantado. Nadie más lo sabe... ¿vamos?

Elián sintió una sensación rara en el estómago. Recordó las palabras de su abuela y encendió la linterna.

¡No me
vas a
enredar!



La llama azul parpadeó, se volvió roja y apuntó directamente al zorro. Entonces, su pelaje se esfumó y quedó al descubierto un ser oscuro y flotante, un espíritu engañoso que atrapaba niños con ilusiones.

—¡No me vas a enredar! —gritó Elián, y salió corriendo por el camino de piedra, directo hacia la escuela rural. Allí lo esperaba la profesora Diana, quien lo abrazó fuerte.

—¿Qué pasó, mijito?

Elián le contó todo. Diana avisó a los adultos del pueblo, y esa misma semana organizaron charlas

Cuentos para la convivencia

sobre seguridad, prevención y cómo confiar en el instinto.

Desde ese día, Elián se volvió famoso en la vereda. Lo llamaban el niño de la linterna, y contaba su historia en escuelas de montaña. Les decía a los demás:

—No todo lo que brilla es bueno. Si alguien te ofrece algo secreto, si te pide que no cuentes... algo anda mal.

La luz más importante no es la que alumbró el camino, sino la que te cuida por dentro.

Muchos niños y niñas empezaron a usar pulseras con una llama bordada, como símbolo de que sabían decir 'no', pedir ayuda y pensar antes de actuar. Se hacían llamar 'Guardianes de la Luz'.

Años después, cuando Elián creció, guardó la linterna en una cajita de madera. Sobre ella escribió: "La luz más importante no es la que alumbró el camino, sino la que te cuida por dentro".

Y aunque los días siguieron nublados en el páramo, las veredas se volvieron más seguras, porque los niños caminaban con los ojos abiertos y el corazón atento.





Entre sombras y decisiones

José Luis Quijano Africano

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez
Grado Octavo - Sogamoso



José, un joven de 13 años lleno de vida, sonriente, amable, carismático y querido por todos, destacaba por su energía y alegría. Él tenía muchos amigos y era muy sociable. Su mayor pasión era el fútbol, deporte que jugaba y entrenaba a diario con esfuerzo, soñando con convertirse en un futbolista famoso y profesional.

Además de su forma de ser y sus buenos valores, era un niño muy inteligente y dedicado en su estudio, por lo que obtenía buenas calificaciones. Sin embargo, todo comenzó a cambiar cuando inició el bachillerato.

Al cambiar de institución y de amigos, la personalidad de José se modificó. Cuando llegaba a su hogar contestaba de una forma grosera a sus padres, no atendía a sus deberes tanto en casa como en el colegio. Los profesores también notaron su desinterés académico.

Al notar este cambio repentino, los padres decidieron investigar a fondo el problema, para encontrar una solución. Una de las primeras medidas que tomaron fue revisarle la maleta cada vez que llegaba del colegio.

Un día, encontraron una papeleta desconocida. Tras investigarla, descubrieron con gran preocupación que se trataba de sustancias psicoactivas. La alarma aumentó cuando, al día siguiente, hallaron bastante dinero junto a una lista que contenía nombres raros (como apodos). Al ver esta situación, los padres confrontaron a José, quien negó todo y dijo que no pasaba nada con decir palabras agresivas y groseras.



!X@i

Sin embargo, ellos no se quedaron quietos: pidieron ayuda al psicoorientador, quien comenzó a hacer una intervención con José.

Al principio, él lo negaba todo. Detectaron que los amigos con los que él se la pasaba, no tenían buenas notas ni buena relación con los maestros. Además, tenían el observador lleno de anotaciones con actos de *bullying*: agresiones tanto físicas como verbales contra maestros y compañeros.

No hay que dejarse influenciar por nadie para ser aceptado en la sociedad.



Las intervenciones del psicoorientador continuaron.

En ellas, José mostró mejoría y contó los problemas en que se había metido por culpa de la influencia de sus malos amigos y su deseo de ganar popularidad.

Con el tiempo, las terapias de motivación y cambio, así como el apoyo de sus padres, familiares, buenos amigos y maestros, lo ayudaron a aprender a decir 'NO'. A medida que continuaba con sus sesiones, logró una mejoría significativa y entendió que no hay que dejarse influenciar por nadie para ser aceptado en la sociedad.

Desde entonces, José volvió a ser el niño apasionado por el fútbol, dedicado a sus estudios y recuperó sus buenos valores.

Ya no más burlas ni malas decisiones



Erick Santiago Chaves Sánchez

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Séptimo - Tunja

En mi colegio hay un grupo de chicos que siempre se la pasan molestando. A mí me decían “orejón” porque tengo las orejas un poco grandes. Al principio me reía, pero después ya no me parecía chistoso. Cada vez que caminaba por el pasillo, escuchaba risas y eso me hacía sentir muy mal.





!X@i

También se burlaban de mi amigo Andrés. Le decían “flaco palo seco” y a veces no lo dejaban jugar fútbol porque “no tenía fuerza”. Andrés empezó a alejarse del grupo y un día no volvió más a clases. Dicen que lo cambiaron de colegio porque no aguantó más las burlas.

Pero eso no es lo peor. Uno de los chicos que molestaba, llamado Kevin, empezó a juntarse con unos muchachos más grandes, que no estudiaban. Decían que eran “los bacanes del barrio”, pero nosotros sabíamos que se metían en cosas raras. Un día, vi a Kevin con una bolsita que olía feo, y después lo vi con los ojos rojos y hablando raro.

Andrés empezó a alejarse del grupo y un día no volvió más a clases.



Nuestra profesora, la de ética, nos habló una vez de eso. Dijo que esas cosas eran sustancias psicoactivas y que podían hacerle daño al cuerpo y al cerebro. Que, a veces, por querer encajar o parecer “más grandes”, los niños aceptaban probar esas cosas, pero que eso solo los llevaba por un camino muy peligroso.

Después de esa charla, pensé mucho. Me prometí no dejarme llevar por las burlas ni por la presión de los demás. Le conté a la profe lo que había visto

y ella habló con orientación. También, empezaron a hacer campañas en el colegio para decir 'NO' al bullying y a las drogas.

Ahora, aunque todavía hay quien molesta con apodos, somos más los que decimos que eso no está bien. A Andrés lo extraño, pero espero que esté mejor en su nuevo colegio. Yo aprendí que no debo quedarme callado y que, si veo algo malo, lo mejor es pedir ayuda.

Las sustancias psicoactivas no te hacen fuerte ni valiente.

También, sé que las sustancias psicoactivas no te hacen fuerte ni valiente. Ser valiente es defender a tus amigos, respetar a los demás y tomar buenas decisiones, aunque los demás no lo hagan.



La suerte



Julián Camilo Moreno Suárez

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Séptimo - Tunja

Pablo era un chico que tenía 16 años y vivía con su madre en un barrio humilde de Bucaramanga. Era buen estudiante, apasionado por el dibujo y muy querido entre sus amigos. Sin embargo, él sentía curiosidad por “probar cosas nuevas”.

Un viernes por la tarde, lo invitaron a una fiesta. Había música, luces y mucha gente extraña. Todo parecía normal hasta que uno de los muchachos del grupo sacó una pequeña bolsita.





!X@i

Pablo pregunto:

—¿Qué es eso?

—Tranquilo, esto solo te pone contento, relajado —le dijo uno de ellos—. Todo el mundo lo hace. ¿Qué, acaso tienes miedo?

Nadie debería sentir vergüenza por decir 'no'.

Pablo dudó. Nunca había probado nada parecido, pero no quería que lo vieran como “el raro” o “el miedoso”. Entonces, aceptó.

Los primeros minutos fueron diferentes. Todo parecía más vivo: los colores, los sonidos, incluso cuando rosaba con algo. Pero pronto esa “sensación alegre” se convirtió en angustia. Su corazón empezó a latir muy rápido, le costaba respirar y sentía que perdía el control de su cuerpo. Fue como caer en un hueco profundo.

Despertó en el hospital. Su madre ya estaba al lado de la cama. El médico le explicó que lo que había consumido era una sustancia psicoactiva peligrosa.

Afortunadamente, habían llegado a tiempo. El doctor dijo que parecía un milagro, pues lo que había consumido era casi letal. Explicó que no todos corrían con la misma suerte y que él, como pocas personas, había logrado recuperarse, aunque con dificultad.

Durante su recuperación, Pablo asistió a sesiones con un psicólogo. Allí aprendió que las sustancias psicoactivas no solo afectan el cuerpo, sino también la mente, las emociones, y la vida social. A veces, un solo consumo puede causar daños irreparables, generar adicción o incluso llevar a la muerte.

—El consumo de drogas no es un juego —le dijo el psicólogo—. Nadie debería sentir vergüenza por decir ‘no’, porque esa decisión puede salvar tu vida y tu salud.

Pablo cambió su vida. Volvió al colegio, se enfocó en el arte y el deporte, comenzó a compartir su historia con otros jóvenes. Se convirtió en un defensor de la prevención para que nadie más tuviera que pasar por lo que él sufrió. Además, asumió el rol de consejero, convencido de que el conocimiento puede salvar vidas y de que compartirlo sería su mejor herramienta de ayuda.

La verdadera experiencia está en conocerse a sí mismo.

Desde ese acontecimiento, descubrió que la verdadera experiencia no está en las sustancias, sino en conocerse a sí mismo, superar los momentos difíciles y tomar decisiones con conciencia.



Lucía y la trampa virtual

Nayarith Stephany Cely Roa

I.E. Carlos Arturo Peña

Grado Octavo – Santa Rosa de Viterbo



Hace unos meses en Colombia, una chica llamada Lucía creó por primera vez su perfil en redes sociales. Ella tenía 13 años y, aunque estaba prohibido por la ley, ella lo creó. Al poco tiempo, recibió una solicitud un poco extraña, la cuenta se llamaba 'Ludovico Montana'. Después de unos días de que ella aceptara la solicitud, él decidió escribirle y ella rápidamente contestó.

Cuentos para la convivencia

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Bien, oye, eres muy linda. Quisiera conocerte pronto y llegar a ser muy buenos amigos.

Después de ese mensaje, ella se sorprendió mucho, y se puso muy feliz, ya que ella pensaba que nadie se fijaría en ella. Aceptó la propuesta del extraño.

Siguieron hablando por un tiempo. Cuando, de pronto, el extraño le pidió a Lucía que fueran cibernovios. Ella aceptó felizmente. Siguió hablando como lo hacían normalmente, pero un día pasó algo inesperado: Ludovico le dijo que si le podía enviar fotos íntimas privadas. Ella, al principio, se negó, pero él siguió insistiendo día tras día, diciéndole que si ella realmente lo amaba se lo tenía que demostrar. Así que ella terminó cediendo, porque pensaba que realmente tenían una relación y que él no haría nada con esas fotos.

Tiempo después, Ludovico comenzó a pedirle a Lucía contenido más explícito y a amenazarla con terminar la relación si no accedía. Al darse cuenta de que no era la persona que imaginaba, Lucía empezó a





!X@i

temer, pues sus amenazas se volvían cada vez más graves: le decía que sabía dónde vivía, que podría acabar con su vida y que, si no hacía lo que él exigía, nunca más volvería a ver a su familia. Además, contaba con mucho contenido e información para seguir intimidándola.

Ella, asustada, le dice a Ludovico:

—¡Debemos terminar! ¡Ya no aguento más! ¡Déjame en paz!

Ludovico responde:

—Si esto se acaba, subiré todas las fotos a redes sociales y prepárese para lo que viene.

Ella pensó que Ludovico nunca cumpliría su palabra, pero, para su sorpresa, él subió el contenido que tenía de ella. A Lucía le empezaron a hacer *bullying* en el colegio. Asustada les contó a sus padres, ellos colocaron la denuncia en la policía cibernética. Allí, en cuestión de horas, identificaron datos de la cuenta. Con ayuda de Lucía, organizaron un operativo: ella tenía que citarlo en un parque con mentiras para que lo pudiesen atrapar, y así sucedió, lo atraparon y recibió su castigo. Con ayuda de psicólogos, Lucía salió adelante.

¡Déjame
en paz!

El dilema de dos amigos



Eileen Gabriela Cárdenas Gavidia

I.E. Rafael Gutiérrez Girardot
Grado Séptimo - Sogamoso

En un tranquilo barrio de Sogamoso, vivían dos niños muy diferentes: Tomás y Samuel. Tomás era conocido por ser travieso y un poco rebelde, siempre buscaba nuevas aventuras, pero a menudo se metía en problemas. Samuel, por otro lado, era amable y responsable. Siempre intentaba hacer lo correcto y cuidar a sus amigos.

Un día, mientras caminaban por un campo cercano a sus casas, Tomás encontró una extraña planta que llamó su atención.





!X@i

—¡Mira esto, Samuel! ¡Debemos probarla! —
exclamó emocionado.

Había oído historias sobre plantas que podían
alterar la mente y sabía que no todas eran seguras,
pero así era Tomás, muy curioso.

—Tomás, no deberíamos. Podría ser peligroso —
advirtió Samuel.

Pero Tomás, impulsado por su curiosidad y sus ganas
de impresionar a Samuel, decidió ignorar el consejo.
Sin pensarlo dos veces, tomó un poco de la planta y la
consumió.

Al instante, Tomás comenzó a reírse
descontroladamente y a ver cosas que no estaban
allí. Las hojas parecían bailar y los árboles susurrarle
al oído. Era divertido al principio, pero pronto se
dio cuenta de que no podía controlar lo que estaba
haciendo. Se asustó cuando las sombras comenzaron a
acercarse a él.

—¡Ayudaaa! No puedo salir de
aquí —gritó Tomás, atrapado en
su propia mente.

**No deberíamos.
Podría ser
peligroso.**

Samuel se preocupó al ver a Tomás así. Recordó
las enseñanzas de su familia sobre las sustancias
psicoactivas, supo que debía actuar rápido. En

lugar de unirse a la locura de Tomás, se acercó a él con calma.

—Tomás, respira hondo. Estoy aquí contigo —dijo Samuel con voz tranquilizadora—. Cierra los ojos y piensa en algo feliz.

Con cada respiración profunda que Tomás lograba y con cada recuerdo feliz que evocaba, comenzó a calmarse poco a poco. Samuel, a su lado, lo guió hasta encontrar el camino de regreso a la realidad.

Finalmente, cuando Tomás abrió los ojos nuevamente, se dio cuenta de lo peligroso que había sido jugar con algo desconocido.

—Lo siento mucho, Samuel. No debía haberlo hecho —dijo con lágrimas en los ojos.

Tomás, respira hondo. Estoy aquí contigo.

— Está bien, Tomás —respondió Samuel con una sonrisa—. Lo importante es que debes aprender de esto y siempre alejarte de aquello que te haga daño.

Desde ese día, Tomás se volvió más consciente de sus decisiones y comenzó a valorar la amistad y la responsabilidad, gracias al apoyo incondicional de Samuel.





El amor de familia

Isabela Silva Guerrero

I.E. Técnica Carlos Alberto Olano Valderrama
Grado Sexto – Belén



Érase una vez un niño llamado Max, que vivía con su mamá, Sara. Desde que sus padres se separaron, Max había cambiado. Ya no le hacía caso a su mamá, le respondía mal y se portaba diferente. Sara intentaba hacer todo lo posible para que Max estuviera bien, pero no sabía cómo ayudarlo.

Un día discutieron muy fuerte y Max, enojado, decidió irse de casa. Empacó su maleta y se fue a la casa de

Cuentos para la convivencia

un amigo. Cuando llegó, sus amigos lo notaron triste. Max les contó lo que había pasado, y uno de ellos dijo:

—Yo tengo algo que te hará olvidar todos tus problemas.

Sacó del bolsillo un brownie mal envuelto, con un olor extraño. Max estuvo a punto de probarlo, pero se dio cuenta de que no era comida normal.

—¡Eso es droga! —dijo, alejándose.

Sus amigos empezaron a burlarse de él:
—¡Eres un gallina! ¡Qué cobarde!

Max sintió miedo y tristeza, pero corrió de regreso a su casa. Cuando vio a su mamá, rompió en llanto y le contó todo. Sara lo abrazó fuerte y le dijo:

—No estás solo. Somos familia, y juntos podemos salir adelante.

Esa noche hablaron durante mucho tiempo. Max prometió cambiar, y su mamá le propuso ir al psicólogo. Allí, les explicaron que lo que sentían era normal después de un divorcio, pero que, con apoyo y cariño, podían superar todo.





!X@i



Al día siguiente, Max reunió fuerzas y fue a hablar con sus amigos. Al verlo, ellos empezaron a reír:

—¡Miren, ahí viene la gallinita!

Pero Max se paró firme y les dijo:

—No soy una gallina. Solo no quiero arruinar mi vida probando esas porquerías. No quiero ser como ustedes.

No estás solo.
Somos familia, y
juntos podemos
salir adelante.



Sus examigos se burlaron, pero Max se fue tranquilo. Al llegar a casa, su mamá le dio una gran noticia:

—Nos ofrecieron un trabajo en otro país. Podemos empezar una nueva vida.

Max sonrió, abrazó a su mamá y dijo:

—Sí, mamá. ¡Vamos! Estoy listo para cambiar.

Y así, Max aprendió que el amor de familia es más fuerte que cualquier tentación, y que decir “no” a las malas influencias también es un acto de verdadera valentía.

Atentos a un verdadero amor



Brenda Valentina Ugarte Reyes

I.E. Silvestre Arenas
Grado Sexto - Sogamoso

Donatello, un niño de sexto grado, muy inteligente y enfocado en sus estudios, vivía una vida alegre y centrada en sus metas; sin embargo, sus compañeros no lo querían ni lo veían como amigo porque les molestaba su forma de ser. Lo consideraban distinto, ya que hablaba con acato porque su mamá siempre le enseñó a respetar a las personas sin importar su forma de pensar.





!X@i



Un día, Donatello llegó a su casa como de costumbre, y su mamá le preguntó:

—Mi niño, ¿qué tienes? Te veo muy triste.

—No, mamita, solo estoy cansado. Los profesores nos asignaron muchas tareas.

—Bueno, hijo, ve a cambiarte y a lavarte las manos. Te he preparado tu comida favorita.

—Madre, no tengo hambre. Voy a mi cuarto a descansar.



Al día siguiente, Donatello llegó al colegio y una chica de su salón, llamada Anisha, comenzó a coquetearle. Lo hizo debido a una apuesta con sus compañeros de clases, que consistía en enamorarlo para que se vinculara con ellos, imitara su mala conducta y bajara sus calificaciones.

Donatello estaba emocionado porque, por primera vez una chica le llegaba al corazón. Por su afán de complacerla, comenzó a evadir clases y se distraía con facilidad. Con el paso del tiempo, lo invitó a una fiesta y allí lo inició en el mundo de los “chocolates calientes”. Desde entonces, los



incorporó a su rutina diaria, lo que provocó un cambio de comportamiento drástico y repentino.

En cuanto a aquel regazo que siempre lo arrulló, se resalta la batalla que libró no solo desde el dolor y el sufrimiento, sino desde la fuerza y la fe. Es así como lo acompañó al mundo de la restauración, donde, con amor y decisión, Donatello se desvinculó poco a poco de la oscuridad, se activó física y emocionalmente a su proyecto de vida, convirtiendo sus desaciertos en testimonio y su flaqueza en valentía.

Aquel niño destacado, pero en algún momento de su vida confundido, no solo regresó a su nivel, sino que lo superó llevando consigo a todos aquellos que intentaron dañarlo y que ahora lo veían como líder, amigo y ejemplo. En definitiva, si el mundo se llenara de amor y de madres inquebrantables, la felicidad se convertiría en la carta de presentación de una niñez y una juventud transformada y transformadora, con un único y verdadero aroma a desayuno familiar.

Con amor y
decisión, Donatello
se desvinculó
poco a poco de
la oscuridad.



Categoría
Voluntad
Libertad

Ilustración
Sara Lucía
Ruiz Gil





te
b
K
D
©



La libertad según Lily



María Alejandra Rojas Bonilla

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez

Grado Noveno – Sogamoso

Los rayos del sol se filtraban entre las cortinas de la habitación de Lily, pintando líneas doradas sobre aquel espacio. Tenía siete años, y su energía contagiosa hacía de su cuarto un lugar alegre con juguetes, crayones y creaciones de Lego a medio terminar. Pero, esa mañana, algo se sentía diferente. Una punzada en el pecho y el silencio de sus peluches caídos sobre el suelo, le hablaban de un deseo que no podía descubrir.





Había planeado su aventura la noche anterior: ir sola al parque, subir al árbol más alto y ser la heroína de su propia historia. Pero su madre, con voz amorosa y firme, le repitió lo de siempre:

—Cariño, sabes que no puedes ir sola. ¡No es seguro!

—Pero hay gente buena.

—Y también mala, cariño —sostuvo su rostro entre sus manos— Mira... me arrepentiría mucho si algo te pasara.

Lily entendía. Conocía las reglas y los peligros. La oficial Laura lo había explicado todo en las reuniones del vecindario. Pero entender no hacía que el deseo desapareciera. Cada juguete, cada rutina, cada “no” se sentían como una pared invisible que la apartaba.

No se trataba solo del parque. Era sobre elegir, decidir, tener el poder de decir “yo puedo”.

Con lágrimas en los ojos y una tristeza que no sabía cómo expresar y controlar, bajó la mirada al plato de panqueques. Entonces, su madre se sentó junto a ella.

—Sé que quieres salir, y sé que es difícil —le dijo con suavidad—.



Pero, tal vez, podamos encontrar otra manera. ¿Y si me esperas unos minutos y vamos juntas?

Lily alzó la mirada, sorprendida.

—¿Tú vendrías conmigo?

—¡Claro! Tú decides el juego. Yo solo te sigo.

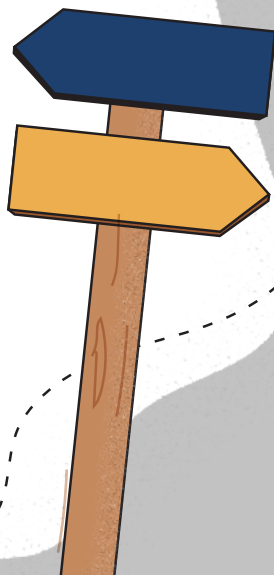
Una chispa de luz regresó a sus ojos. No era exactamente la libertad soñada, pero sí un paso hacia ella. Ese día, Lily eligió llevar capa de heroína hecha con una toalla, y, junto a su madre, recorrieron el

parque como si fuera una selva mágica. Se subió al columpio, gritó como aventurera y se sintió libre, no porque rompiera las reglas, sino porque eligió actuar con valentía y voluntad dentro de ellas.

Eligió
actuar con
valentía y
voluntad.

Cuando el sol comenzó a ocultarse, Lily ya no sentía el peso en el pecho. Había descubierto que la libertad no siempre se trata de hacer lo que uno quiere, sino de encontrar caminos posibles y tener el coraje de elegirlos.

Ese fue, verdaderamente, su gran día.





Venciendo la libertad

Sebastián David Barragán Poveda

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez

Grado Décimo - Sogamoso



Había una vez un niño llamado Jaimito, que era muy fanático de los videojuegos y de la televisión, hasta el punto de hacer comprar a sus papás los últimos videojuegos y películas que estaban de moda en cada mes.

Era tanta su afición que las priorizaba antes que sus deberes y tareas. Por tal motivo, sus calificaciones empezaron a bajar y, en

consecuencia, su nivel académico. Este dependía tanto de la televisión y de los juegos, que empezó a vivir en su propia realidad, desobedeciendo la autoridad de sus padres y haciendo todo a su propia voluntad.

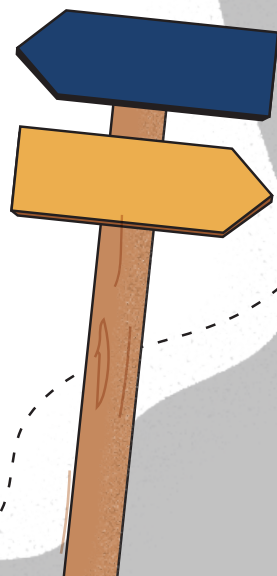
Así fue como perdió el control de su libertad, ya que sus pensamientos estaban siempre influenciados por los programas que veía.

Una profesora le habló sobre la importancia de tener pensamientos propios, de cuestionar lo que vemos y elegimos.



Un día, mientras caminaba por el pasillo de su casa, escuchó una conversación entre sus padres. Hablaban con preocupación sobre su conducta, su falta de responsabilidad y cómo parecía vivir atrapado en un mundo que no era real. Estas palabras lo impactaron, aunque no lo mostró. Por la noche, mientras jugaba, las palabras resonaban en su mente como un eco persistente.

Al día siguiente, en la escuela, una profesora le habló sobre la importancia de tener pensamientos propios, de cuestionar lo que vemos y elegimos.





—La verdadera libertad —dijo— no es hacer lo que uno quiere, sino saber por qué lo quiere y decidir con conciencia.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, Jaimito apagó la televisión por sí mismo. Se sentó frente a una hoja en blanco y escribió: “¿Qué quiero yo realmente?”. Comenzó a pensar en sus sueños, en lo que le gustaba fuera de las pantallas, en lo que lo hacía sentir feliz de verdad.

La verdadera libertad es saber por qué lo quiere y decidir con conciencia.

Poco a poco, comenzó a cambiar. No dejó por completo los videojuegos ni la televisión, pero los usaba con moderación. Empezó a leer más, a pasar tiempo con sus amigos, a conversar con sus padres y a ayudar en casa. Descubrió que ser libre no era dejarse llevar por lo que todos hacían, sino elegir su camino, con esfuerzo y conciencia.

Con el tiempo, Jaimito se volvió un joven reflexivo y decidido, que aprendió que la voluntad propia se construye día a día, y que la libertad verdadera nace del conocimiento de uno mismo.





Amistades

Yeison Fabián León Corredor

I.E. Técnica Carlos Alberto Olano Valderrama
Grado Once - Belén

La amistad es un lazo importante que puede influir en nuestras vidas de forma significativa. Para Renato, un muchacho de 15 años, sus amigos lo eran todo. Compartían risas, secretos, tristezas; se apoyaban mutuamente. Eran cuatro contra el mundo. Pero un día, mientras comían un helado en el parque, sus amigos comenzaron a planear una salida clandestina para





esa misma noche. Renato dudó. Aunque sintió curiosidad, su intuición le decía que no era buena idea. Sin embargo, la insistencia de sus amigos lo llevó a aceptar.

—Ven con nosotros, Renato, será increíble. ¡Ven! —le decían.

Esa noche, Renato no se sintió bien. El frío y la soledad de las calles lo inquietaban. Mientras sus amigos disfrutaban de la aventura, uno de ellos estuvo a punto de hacer algo indebido. En ese instante, Renato sintió que debía actuar. La presión del grupo y el miedo al rechazo lo hacían dudar, pero recordó un consejo de su abuela:

—La verdadera amistad se basa en el respeto y la lealtad, no en la presión para hacer algo que no queremos.



Renato pensó en su abuela, quien siempre fue un ejemplo a seguir. Recordó sus consejos y las soluciones que le daba, así que decidió alejarse de sus amigos y regresar a casa para evitar involucrarse en algo malo.



Días después, sus amigos lo criticaron. Le decían cosas incómodas y ofensivas por no haber seguido con ellos aquella noche. También le preguntaron si no le había gustado el plan. Él decidió no darles importancia.

Con el tiempo, Renato se dio cuenta de que había tomado la decisión correcta al alejarse. Buscó nuevos amigos: con valores, principios y pensamientos similares a los suyos. Descubrió que era cierto lo que su abuela le había dicho:

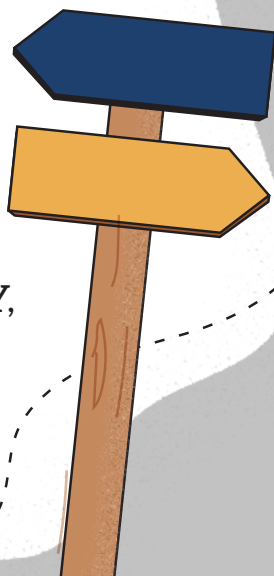
—La verdadera amistad se basa en el respeto y la lealtad, no en la presión para hacer algo que no queremos.

La verdadera amistad se basa en el respeto y la lealtad.



También aprendió que no necesitaba ser como todos para ser aceptado, y que su individualidad era lo que lo hacía único, además de su criterio y forma de pensar.

Aprendió que la influencia de los amigos puede ser positiva o negativa, y que es fundamental rodearse de personas que sumen y no resten. Al final, entendió que es mejor calidad que cantidad. La verdadera amistad, es aquella basada en el respeto y la lealtad. Renato fue valiente. Supo decir no cuando más difícil era. Y, al hacerlo, se sintió orgulloso de sí mismo.



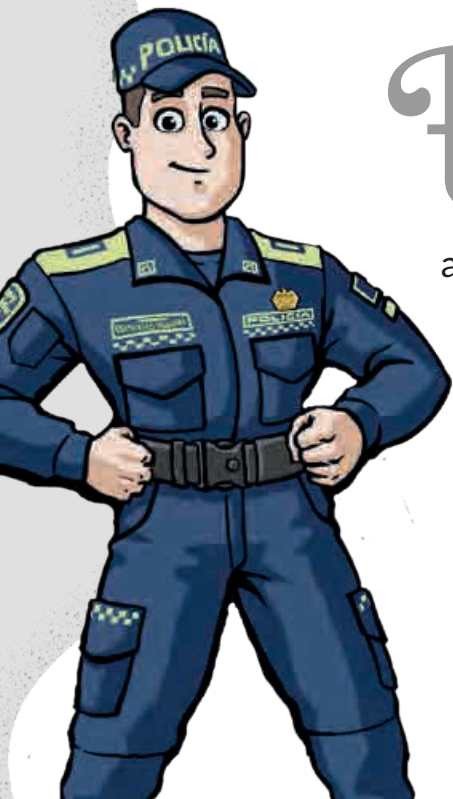


El significado de volar

Cristian David Vargas Velandia

I.E. Casilda Zafra

Grado Once – Santa Rosa de Viterbo



En un bosque poco ilustre y extremadamente amplio, moraba una manada de leones conformada por dos adultos y tres cachorros. Uno de ellos, llamado Kibo, anhelaba volar, pero su padre le habló de una manera que nunca quisiera ni considerar la idea de volar. No

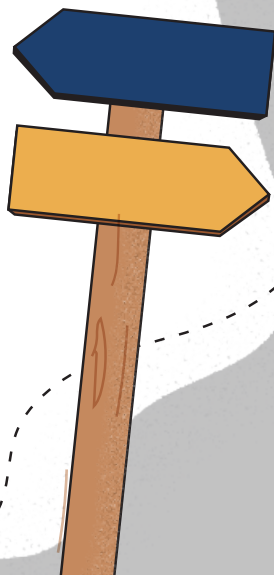
muy lejos del bosque habitaba Soar, un águila muy sabia e inteligente.

Un día, mientras Kibo paseaba por el extenso bosque, observó que Soar, el águila, estaba recorriendo el lugar. Soar evocó las palabras de su madre, quien le dio a conocer las hazañas de aquella ave rapaz, así que eligió seguirla. En el camino se encontró muchos obstáculos, pero Kibo los superó y continuó con su objetivo. Llegó a la base de la montaña y miró que era muy inclinada.

Has llegado
muy lejos,
solo queda la
última batalla.

Estaba muy agotado, pues la montaña se encontraba casi al final del bosque. Estaba a punto de rendirse y escuchó una voz muy en el fondo de su corazón que le dijo: “Has llegado muy lejos, solo queda la última batalla”.

Así que, con la determinación que caracteriza a un león, decidió subir. Aunque en el primer intento se desplomó, intentó una segunda vez, pero esta vez lo hizo con todas sus fuerzas y, en esta oportunidad, lo logró. Llegó a la cima y allí estaba Soar, dando vueltas sobre la montaña. Kibo, al observarle y con poco aliento, gritó a gran voz: “Enséñame a volar”. A lo que Soar le





respondió: “Volar no se trata de elevarse por los cielos, sino que romper sus límites es el verdadero significado de la libertad”.

Soar le dijo muy convencida al pequeño león:

—Aunque no puedas surcar el cielo, aprende a superar tus limitaciones, mira tus habilidades y comprende que, si tu padre no quería que volaras por los cielos, es porque morirías en el intento. Así que aprende a escuchar a tus padres, elévate hacia lugares donde no corras un riesgo y puedas superar los obstáculos con los dones que la vida te provee.

Kibo comprendió que solo era posible volar en su imaginación y que su verdadera libertad estaba en superar las adversidades, sin dejar de lado los sabios consejos de sus padres.



Elévate hacia lugares donde no corras un riesgo y puedas superar los obstáculos con los dones que la vida te provee.



Un gigante en busca de la libertad



Jimmy Santiago Alarcón Becerra

I.E. Casilda Zafra

Grado Décimo – Santa Rosa de Viterbo

Todos en el centro juvenil lo conocían como “El Gigante”. Medía casi 1.90 metros, aunque tenía apenas 15 años. Sus anchos hombros y sus fuertes brazos intimidaban a cualquiera, pero bastaba con mirarlo a los ojos para ver algo más: una tristeza profunda, silenciosa, que ni su sonrisa amplia ni sus bromas constantes podían esconder.





Su nombre era Martín, pero hacía tiempo que nadie lo usaba. Llegó a la cárcel de menores tras un asalto que terminó mal. Un impulso, un error, una vida que se apagó. Desde entonces, la culpa lo acompañaba como una sombra. No hablaba de eso, pero cada noche, cuando el silencio caía sobre el pabellón, sus lágrimas caían con él, mudas, ocultas tras la almohada.

A pesar de todo, Martín era el primero en levantarse. Ayudaba a los nuevos, los que llegaban asustados y lamentándose agónicamente por sus acciones. Les enseñaba cómo sobrevivir sin meterse en problemas, cómo ganarse el respeto sin recurrir a la violencia. Siempre encontraba una palabra amable, una broma que rompiera el hielo, un gesto que hiciera la diferencia.

—Este lugar no nos define —solía decir—. Lo que hagamos con el tiempo que estemos aquí, sí.

El director del centro se fijó en él desde el principio. No era común ver a alguien tan joven, con ese físico, usar su fuerza para levantar al caído en lugar de imponer miedo. Lo asignaron como ayudante del comedor, luego como



tutor de los más pequeños. Era ejemplo. Incluso los guardias lo respetaban.

En su interior, Martín se sentía roto. Cada sonrisa que ofrecía era una disculpa que no podía dar. Cada buena acción, un intento de redención. Sabía que nada cambiaría lo que hizo, pero, también, sabía que podía evitar que otros siguieran su camino.

Un día, llegó un chico nuevo, flaco, tembloroso, con la mirada perdida. Martín se le acercó, le ofreció una bandeja con comida y una sonrisa.

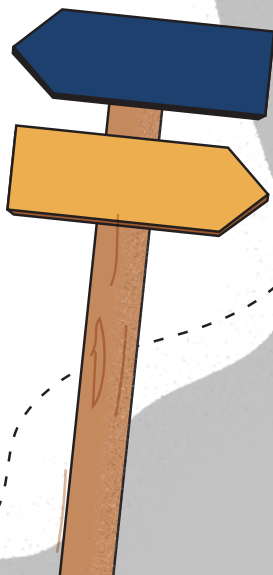


—Soy Martín. Todos me dicen “El Gigante”. No muerdo, tranquilo.

El chico lo miró con sorpresa y, por primera vez en días, sonrió tímidamente. En ese instante, Martín sintió que algo dentro de él se aligeraba. Tal vez, pensó, aún podía construir algo bueno a partir del dolor.

Porque, aunque estuviera entre rejas, su alma todavía podía tocar la de otros. Y eso, aunque pequeño, era el primer paso hacia la verdadera libertad.

Aún podía construir algo bueno a partir del dolor.





Las estrellas no dictan el camino



Laura Sofía Rodríguez Gutiérrez

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez

Grado Once - Sogamoso

En este universo, cada individuo posee una constelación que determina su destino. Violet, desde su niñez, fue educada para acatar las órdenes de la suya, con el fin de prevenir las repercusiones que su desobediencia pudiera conllevar. Con el transcurso de los años, se encontraba estudiando matemáticas, tal como su constelación había marcado.





Comenzó a confiar ciegamente en ella: le indicaba cuándo avanzar, cuándo retroceder y, en los momentos difíciles, su luz pretendía darle esperanza.

Una noche, mientras dormía, experimentó una sensación inusual en su interior: algo se separaba. Su cuerpo se hacía más liviano. A la mañana siguiente, encontró una sombra sentada en su escritorio, dañando sus trabajos y haciendo dibujitos. Ella se congeló al ver que era su silueta. Su sombra se había desprendido de su cuerpo y, lo más extraño, parecía querer guiarla hacia algún lugar. Violet no prestó atención; solo deseaba que su sombra retomara su lugar. Sin embargo, al caer la noche, ocurrió una locura: su sombra robó una estrella de su constelación y desapareció.

Violet se preocupó demasiado y, al llegar a su casa, encontró un par de notas que decían:

- Si quieres tu estrella, búscame.
- Te estaré dejando pistas.

Tenía miedo, pero aun así inició su viaje. Su preocupación era tanta que, en sus primeras paradas, no comprendió que estaba reviviendo recuerdos de su



niñez. Poco a poco, fue reavivando su pasado, hasta que llegó a su lugar favorito: una galería de arte que visitaba de niña a escondidas de sus padres. Su obra favorita era la pintura de un campo de girasoles.

Una fuerza de voluntad floreció en su interior y la impulsó a confiar en sí misma.

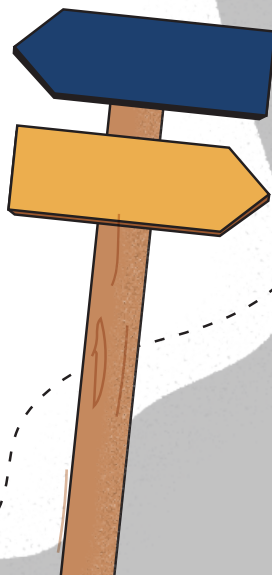
En ese mágico instante, una fuerza de voluntad floreció en su interior y la impulsó a confiar en sí misma y en su instinto. Entonces, su sombra reapareció mágicamente

frente a ella y la llevó a un último lugar: su cuarto.

Allí la esperaba un baúl de recuerdos, lleno de pensamientos, emociones y sueños reprimidos. Cada dibujo expresaba su pasión y su amor: su verdadero propósito era la pintura y el dibujo. Había terminado perdiéndose en el camino, y con ello su

felicidad se había esfumado, cegada por la luz de su constelación.

Su gran decisión fue romper el resto de su constelación y así encontrar su libertad. Su sombra la quebró y, seguido a esto, se integró lentamente de nuevo a su cuerpo. Violet dirigió su mirada a la luna y ocurrió algo indescriptible: su constelación regresó, no en el cielo, sino en su mirada.





Dónde nacen los anhelos

Laura Valentina Arias Jiménez

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez

Grado Once – Sogamoso



Esteban era un joven a quien le encantaba el tiro con arco. Siempre observaba con entusiasmo a quienes lo practicaban, especialmente a Emir, un gran arquero de su misma edad. Sin embargo, sus padres no estaban de acuerdo con eso. Consideraban que era una pérdida de tiempo y que preferían que se enfocara en sus estudios. Por miedo a desobedecerles, Esteban nunca se atrevía a intentarlo.

Aun así, cada tarde iba a escondidas a ver practicar a Emir. Un día, él se dio cuenta de su presencia y decidió acercársele.

-¿Eres tú el chico que siempre viene a verme? -preguntó.

Esteban, con pena, le explicó su situación. Emir, al escucharlo, decidió prestarle un arco y enseñarle.

-Tener la voluntad de querer intentarlo ya te hace especial -le dijo.

Al pasar los días, Esteban se volvía cada vez más bueno.

Emir, al verlo, le habló de un torneo nacional de tiro en arco.

-Deberías mostrarles que puedes vencerlos -le dijo.

Pero Esteban dudaba. Tenía miedo de que sus padres lo descubrieran y se enojaran. Antes de irse, Emir le ofreció hablar con ellos, pero Esteban decidió dejar todo ahí.

Emir, decidido, fue a hablar con los padres. Sin embargo, ellos no quisieron escucharlo y lo insultaron de una manera vulgar. Al ver esto, Esteban intervino, y Emir les habló con honestidad:

-Mis padres murieron, pero me dejaron una enseñanza: la libertad de elegir nuestro camino.





Un padre no debe imponer, sino apoyar.

Hay talentos que se pierden por miedo a no encajar. Ustedes deberían desear que su hijo los supere, a su manera.

Gracias por tener la voluntad y el valor de ser libre.

Las palabras de Emir hicieron entrar en razón a los padres, quienes finalmente aceptaron que Esteban participara en el torneo. Esteban compitió y ganó. Corrió hasta la casa de Emir para contarle, pero al llegar encontró una carta:

Querido amigo:

Estos últimos tres meses fueron los últimos de mi vida. Me diagnosticaron cáncer, la misma enfermedad que se llevó a mis padres. Pero, al verte, sentí que mis sueños se cumplían. Gracias por tener la voluntad y el valor de ser libre.

Con cariño,

Emir

Esteban, con lágrimas en los ojos, cayó al suelo y dijo:

-La vida le dio la libertad de soñar, y él jamás se rindió al querer vivir y luchar por aquello que siempre tuvo la voluntad de hacer.



Aeris, el poder de decisión



Danna Yaritza Vargas Uscátegui

I.E. Escuela Normal Superior
Grado Noveno – Socha

Se escuchaba el silbido del viento golpeando los árboles, los animales a galope por las extensas tierras, el canto de las aves y el...

Esperen un momento, me disculpo con ustedes. Me presento, mi nombre es Tobías, y esta solo es una parte de mi pequeña historia. A las orillas del río del alba, donde el sol nunca





se ponía, allí vivía junto a mi familia: Abdías, mi padre; Joás, mi madre; y Nara, mi hermana mayor. Mi padre realmente nunca me aceptó como su hijo (aunque yo lo sigo amando mucho), y mi madre... Una pequeña flor indefensa, que lo único que podía hacer era corresponderme con creces, al amor que desperdiciaba mi padre.

Pero tranquilos, esta no es otra historia triste y conmovedora como las demás. Mi padre quiso buscar un nuevo rumbo, pero al parecer perdió el camino de regreso, por lo que Nara se vio obligada a dejar su colegio y trabajar por nosotros, era inevitable no ver la frustración en su carita al ver que sus amigos del colegio, poco a poco, se iban convirtiendo en médicos, abogados, ingenieros, mientras ella no tenía oportunidad alguna de sobresalir.

El mundo era más grande que mi casa, más amplio que el silencio.

Un día, sin que nadie lo esperara, el sol se ocultó oscureciendo todo. Fue el momento perfecto en el que pude salir en busca de Aeris, el lugar del que les empecé contando, un reino que buscaba rey, y que yo quería gobernar. Durante el viaje,

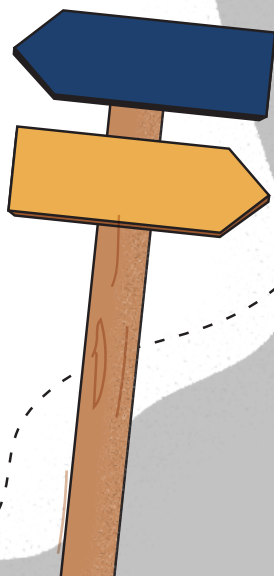


descubrí que el mundo era más grande que mi casa, más amplio que el silencio de mi padre, más libre que los caminos impuestos y que Aeris no era un lugar al que llegabas, más bien, era uno que llevabas en cada decisión; porque no encontré castillos ni coronas, pero descubrí que gobernar significaba liderar mi propia vida, mis emociones y sueños.

Regresé a casa para tejer un nuevo futuro, Nara regresó a los estudios y yo trabajé en el campo mientras estudiaba de noche. Mi madre volvió a sonreír al vernos florecer, y mi padre... con su

vacío, nos dejó espacio para sembrarnos mejor. Ahora tenemos un taller en el que trabajan niños y jóvenes como yo, donde pueden potenciar sus capacidades y, con su creatividad, romper las barreras que

el mundo les impone; porque, a veces, el lugar que buscabas siempre estuvo dentro de ti... esperando que tu voluntad se convierta en libertad.





La decisión de Milo

Thomas Betancurt Diez

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Once – Tunja



Siempre pensé que la libertad era hacer lo que uno quería, cuando quisiera. Dormir hasta tarde, no hacer tareas, salir sin pedir permiso. Pero todo eso cambió el día que conocí a Milo.

Milo no era un estudiante común. De hecho, nadie más lo veía. Lo encontré un lunes aburrido, cuando me escondí en la biblioteca vieja del colegio

para evitar educación física. Estaba en la última fila, sentado como si me esperara.

—Te estaba esperando —me dijo sin levantar la vista de su libro.

Pensé que era una broma, pero había algo en su voz que me hizo quedarme. Me explicó que él no era de este “tiempo”, que su cuerpo estaba atrapado en el colegio por una promesa rota.

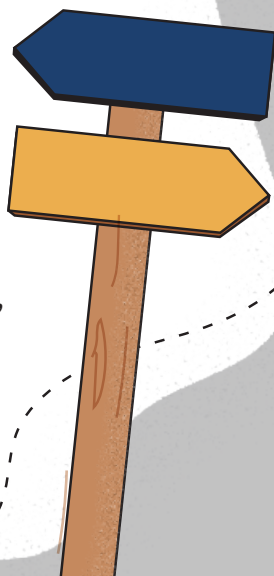
— Elegí vivir sin reglas, sin escuchar a nadie... y terminé sin rumbo— me dijo.



Desde ese día, volví a encontrarme con él varias veces. Me contaba historias de estudiantes como yo que deseaban ser libres, sin horarios, sin padres ni profesores diciéndoles qué hacer. Pero todos, al final, terminaban perdidos, aburridos o vacíos.

—La verdadera libertad no es hacer lo que te dé la gana —me dijo un día mirando por la ventana—. Es tener la voluntad para elegir lo correcto, incluso cuando nadie te obliga.

Esa frase se me quedó clavada. Yo me quejaba de todo: de las reglas, del uniforme,





del despertador. Pero nunca había pensado que yo también podía elegir otra actitud. No por obligación, sino por mí mismo.

Un viernes, volví a buscar a Milo, pero ya no estaba. En su lugar, había una nota dentro del mismo libro de siempre:

“Cuando entiendas que tu voluntad es tu mayor poder, ya no me necesitarás”.

La verdadera libertad... Es tener la voluntad para elegir lo correcto.

Desde entonces, algo cambió. Sigo siendo el mismo: me gusta dormir, odio álgebra y no entiendo química. Pero ahora, cuando me toca elegir, pienso en Milo. Y decido, no porque me obliguen, sino porque sé lo que quiero ser.

Supongo que eso es la libertad de verdad. Poder decir: “yo decido”, incluso cuando es más fácil no hacerlo.

Y aunque nadie más lo sepa, a veces, siento que Milo me sigue viendo, entre las páginas de algún libro olvidado.



El jardín secreto de Sofía



Nikol Sofía Rodríguez Díaz

I.E. Casilda Zafra

Grado Décimo – Santa Rosa de Viterbo

Sofía era una niña callada y sensible. Desde pequeña sentía que no encajaba; su corazón estaba lleno de sueños, pero el mundo le parecía hostil. A veces, la tristeza la dominaba. Tenía miedo de fallar, de no ser suficiente, de no llegar a ser alguien valiosa.

Lo que nadie sabía era que, dentro de su alma, guardaba un





jardín secreto. Allí, cuidaba flores que representaban sus sueños: ser escritora, ayudar a los demás, encontrar la paz. Ese jardín era su refugio, su fuerza, su secreto más profundo.

Pero Sofía enfrentaba un gran problema: la presión de su entorno. Su familia quería que estudiara algo “útil” y su escuela solo valoraba lo académico. Sofía, poco a poco, comenzó a dudar de sí misma. Pensaba que sus sueños eran tontos. Dejó de escribir, de imaginar, de cuidar su jardín. Se sentía frustrada y perdida.

Sin embargo, en medio de ese dolor, algo dentro de ella no se rindió. Cada día, aunque fuera un poco, luchaba por no olvidarse de lo que amaba. Empezó a escribir en secreto otra vez, a ayudar a quienes la necesitaban, a sonreír más seguido. Cada pequeña acción era una batalla ganada contra el miedo.

Sofía, poco a poco, comenzó a dudar de sí misma.

Un día, se armó de valor y compartió uno de sus escritos en clase. Su voz temblaba, pero habló desde el corazón. Para su sorpresa,



la escucharon. Algunos compañeros se sintieron inspirados. Una profesora la animó a seguir escribiendo.

Un día, se armó de valor y compartió uno de sus escritos en clase.

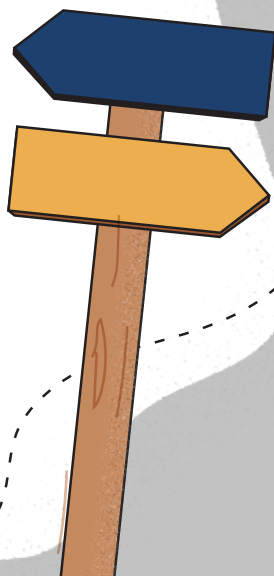
Sofía entendió, entonces, que su jardín no era algo que debía esconder. Era algo que podía compartir, cultivar

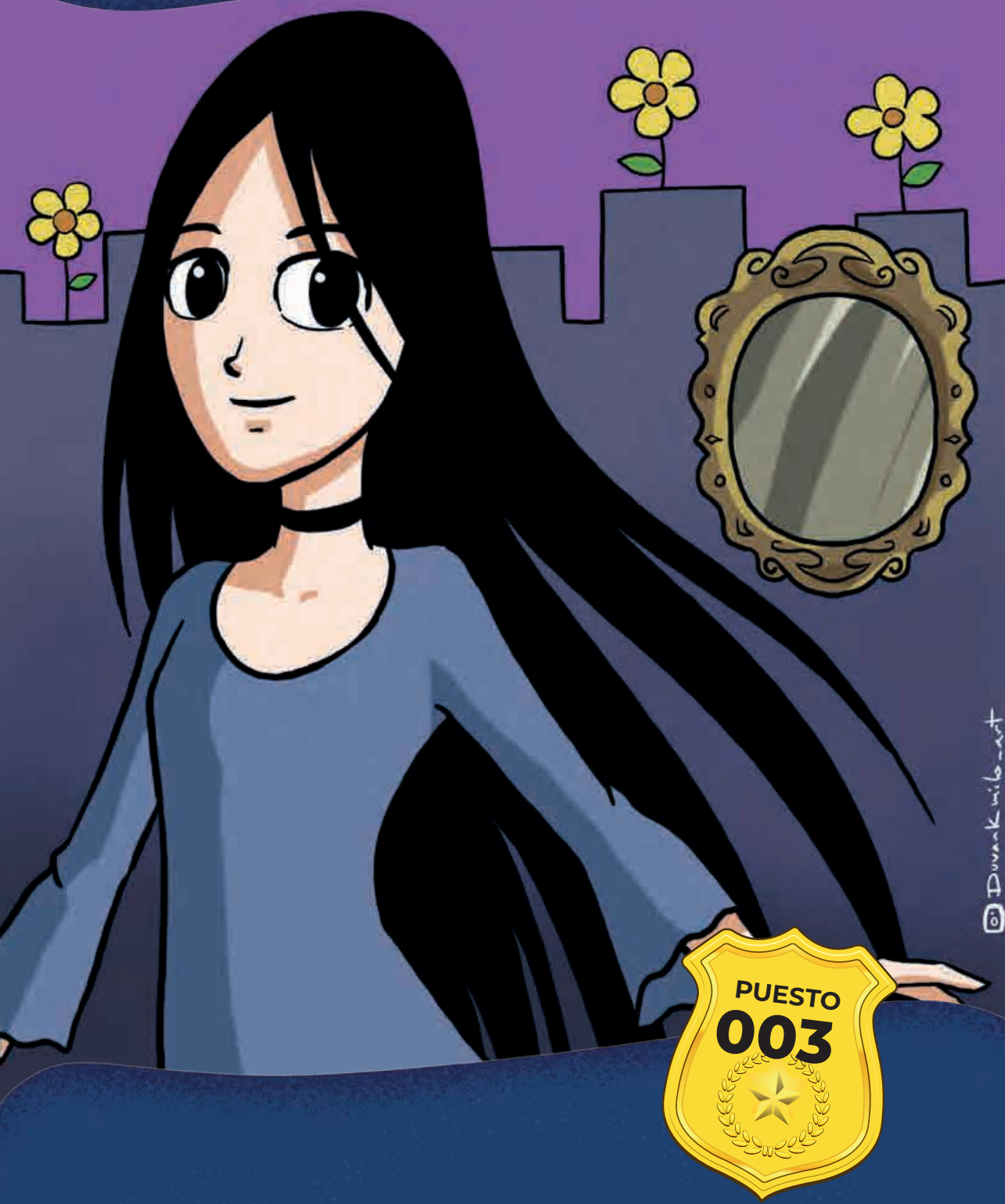
con otros. Su verdadero sueño no era solo cumplir metas, sino vivir fiel a sí misma.

Y aunque el camino seguiría siendo difícil, Sofía ya no estaba sola. Había encontrado la llave para mantener vivo su jardín: creer en sí misma, incluso cuando los

Su verdadero sueño no era solo cumplir metas, sino vivir fiel a sí misma.

demás no lo hicieran.





La doncella del espejo negro



Emily Katherin Blanco Montero

Colegio Nuestra Señora de Fátima
Grado Once - Tunja

En una ciudad de torres agrietadas y vitrales desgastados, vivía Liria, envuelta en terciopelo negro y el aroma de absenta. No caminaba: se deslizaba, como si la misma tierra la liberara de su peso por una voluntad antigua.

Ella no era triste, aunque la tristeza le hacía compañía. Su risa no era alegre, pero se colaba como





humo de incienso en las grietas de los corazones ajenos. Era hija del crepúsculo y hermana del insomnio.

Era hija del
crepúsculo y
hermana del
insomnio.

Liria tenía un espejo, no como los demás, pues no devolvía rostros, sino sueños atrapados. Cada noche le hablaba, con una voz que sonaba a violines rotos:

—Elige, Liria. Vive libre o vive igual.

Y ella, cada noche, respondía:

—Aún no.

Porque la libertad no es una fuga, ni la voluntad un impulso ciego. Es un arte lento, como bordar con sombras. Y ella bordaba.

Se negó a amar por obligación. Se negó a reír si no ardía en fuego. Se negó a vestir de color por mandato. Cada 'no' que decía era una flor negra que nacía.

La libertad... es un
arte lento, como
bordar con sombras.



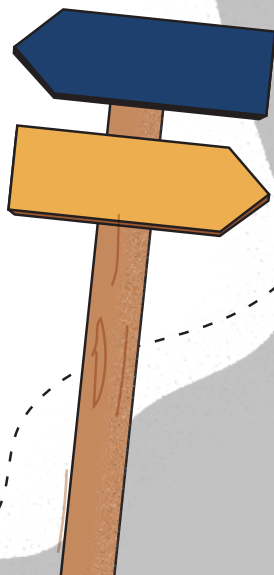
Cuentos para la convivencia

Los del pueblo la llamaban “La Marchita”, pero las gárgolas la conocían como “La Incendiada”. Porque bajo su piel pálida, la voluntad ardía como un sol oculto. Y un día, sin aviso, el espejo habló de otra manera:

Bajo su piel pálida,
la voluntad ardía
como un sol.

—Has tejido tus alas con
hilos de negación sagrada.
Ahora elige: vuela.

Y Liria no respondió. Solo se alzó. Desde entonces, algunos dicen que la ven sobre los tejados, cuando la luna sangra o el tiempo se detiene. Dicen que sonrío, pero que esa sonrisa es para quien ha dicho suficientes veces ‘no’, para volverse un sí hacia sí mismo.





¡Huye!

Laura Vanesa Pérez Cruz

I.E. San Martín de Tours
Grado Décimo - Sogamoso

Hace algunos años, estaba arreglándome para salir con mi pareja, cuando escuché la puerta de mi apartamento. Salí para saludar a Alex, mi pareja.

—Hola —le dije sonriendo. Mientras yo estaba feliz de verlo, él no. Traía cierta cara de disgusto.

—¿Pasa algo? —pregunté con desconfianza.



—¿Por qué estás vestida así, Amanda? ¿Quieres llamar la atención? ¿No? —me dijo enojado.

—No, ¿por qué lo haría? —pregunté con incredulidad...

De un momento a otro, se empezó a acercar a mí con ese rostro. Sin darme cuenta, había desarrollado un miedo incontrolable cuando se ponía “así”. Sabía lo que venía. Lo sabía muy bien. Una vez más, levantó su brazo y apretó fuertemente su puño. Yo agaché mi cabeza, cerré fuertemente mis ojos y apreté los dientes. Lo peor estaría por venir...

De pronto, recordé que, por él, me distancié de mi familia, que, por él y sus golpes, mi cuerpo y alma dolían, y entonces decidí no querer sufrir más. Abrí los ojos y, por voluntad propia, lo empujé con todas mis fuerzas, haciendo que se cayera y se golpeará contra la mesa.

—¡YA NO PUEDO MÁS CON ESTO! —grité alterada, pero decidida.

Agarré mis llaves y salí corriendo del apartamento. Llegué a mi carro, lo prendí, aceleré y me fui. No sabía muy bien para dónde, lo que sí sabía era que no volvería. Diez minutos después, sin tener un destino fijo, paré y divisé el horizonte sin saber qué hacer.





Cogí mi teléfono, busqué a quién podría llamar, y encontré la palabra *mamá*...

Había dejado de hablar con ella, porque, según Alex, ella solo nos quería separar. Decidí llamarla.

—¡YA NO PUEDO MÁS CON ESTO!

—grité alterada, pero decidida.

—¿Hola? —preguntó con desconfianza.

—Hola mamá —contesté con una sonrisa y los ojos encharcados.

Mi mamá no dudó en recibirme en casa. Decidí contarle a mi familia todo lo que había vivido cuando nos alejamos. Acepté que haberme aferrado a Alex no era bueno para mí, ni física ni psicológicamente. Corté todo contacto con él, lo demandé por maltrato y, al final, decidí ir a terapia.

Confirmé que nada de lo que había pasado fue mi culpa, solo había sido una víctima más de algo que no era amor. Hablar sobre Alex para soltar fue difícil, pero con el tiempo logré sanar y, por fin, tuve la libertad que se me arrebató por tanto tiempo.



La VOZ que no se apaga



Diego Alejandro González Rincón

I.E. Técnica Industrial Gustavo Jiménez

Grado Décimo - Sogamoso

Camila tenía trece años cuando empezó a notar que su tío Julián ya no la miraba como antes. Al principio, pensó que era su imaginación, pero pronto aquellas miradas se convirtieron en silencios incómodos, en abrazos que duraban demasiado, en caricias que no eran de familia. Nadie parecía notarlo. En su casa, su mamá





trabajaba todo el día, y su abuela decía que “los hombres son así”, como si eso lo justificara.

Cada noche, Camila se acostaba con miedo. No sabía cómo explicarlo. Se sentía culpable, confundida, sucia. Dentro de ella, algo crecía: una pequeña voz, una chispa de dignidad que no podía apagar. Esa voz le hablaba bajito, le decía que no tenía que quedarse callada, que lo que pasaba no era su culpa.

Un día, después de la clase de Ética y Valores, donde hablaron sobre la libertad, los derechos y la voluntad, esa chispa se volvió fuego.

Levantó la mano. Su voz tembló, pero no retrocedió.

La profesora la escuchó, la abrazó y confió en ella. No la cuestionó, actuó.

Dentro de ella, algo crecía: una pequeña voz, una chispa de dignidad que no podía apagar.

Camila fue protegida. Su tío fue denunciado. Al principio, hubo quienes no le creyeron, incluso dentro de su propia familia. Pero ella ya no se dejaba apagar. “Tengo derecho a estar segura”, repetía, como una consigna firme. Su madre lloró cuando se



enteró, pero le pidió perdón por no haberlo visto, y juntas comenzaron a sanar.

Con el tiempo, Camila empezó a hablar en charlas del colegio, a contar su historia. No para revivir el dolor, sino para demostrar que la libertad no es hacer lo que uno quiere, sino vivir sin miedo. Y que la voluntad, esa fuerza invisible que todos tenemos, puede romper cualquier cadena.

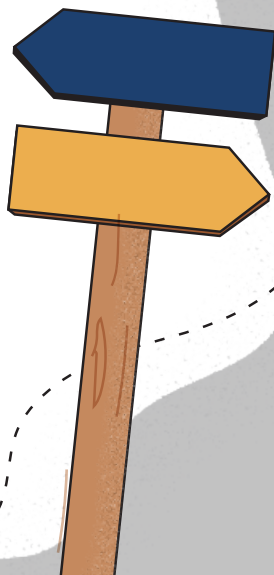
Hoy, con diecisiete años,
Camila quiere estudiar

Derecho. Dice que
va a defender

a quienes no tienen voz. Frente a los
estudiantes más jóvenes, les dice: “Tu
historia no termina donde otros quieren,
sino donde tú decides”.

“Tu historia no
termina donde
otros quieren, sino
donde tú decides”.

Camila entendió que la libertad no es solo un
derecho, es también una decisión. Una que
nace del valor de mirarse al espejo y decir:
“Merezco algo mejor”. Y eso fue lo que la salvó.





Familia inspiradora

Karen Dayana Carvajal Iza

I.E. de Cerinza

Grado Noveno - Cerinza



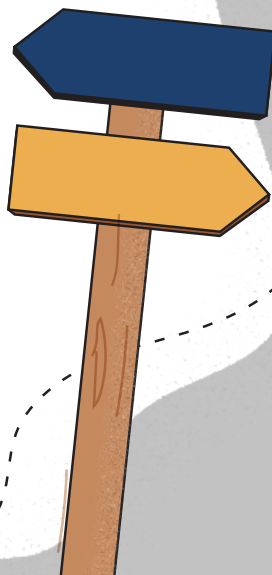
Había una vez, en un pequeño pueblo, vivía una familia compuesta por Ana, una madre trabajadora, y por sus hijos Cordelia y Lucas, unos adolescentes llenos de sueños. En la familia siempre había un espacio para la comunicación y para recordarse el apoyo mutuo.

Ana trabajaba como secretaria y, aunque llegaba cansada, siempre se sentaba con Cordelia y Lucas a platicar mientras cenaban. Era su momento favorito; además, hablaban de sus días y de los pequeños logros que celebraban juntos. Ellos admiraban a su madre por su dedicación, y Ana se sentía orgullosa de sus hijos por ser tan responsables y dedicados.

Un día, Cordelia llegó a casa con una noticia emocionante: había sido elegida para participar en un concurso de danza. Era lo que más amaba hacer, aunque no podía negar que estaba nerviosa.

Ana la animó y le ofreció su ayuda, junto con Lucas, que iba a ser su compañero de baile. De ese modo, juntos pasaron noches enteras ensayando para el día de la presentación, y Cordelia fue ganando confianza.

Lucas también era importante para Cordelia, ya que los fines de semana participaban en talleres sobre liderazgo juvenil y prevención del consumo de sustancias psicoactivas. Allí conocieron a otros jóvenes que compartían sus intereses, quienes, junto a la comunidad y la policía, aprendieron sobre la importancia de ser líderes positivos en su comunidad,





reforzando valores como la voluntad y la libertad.

Con el tiempo, Cordelia se convirtió en una joven decidida e inspirada gracias a las enseñanzas de su madre y de Lucas. Cuando llegó el día de la presentación, ella se sintió preparada y logró bailar con alegría, confianza y pasión. Al final, recibieron una ovación del jurado y del público.

Cordelia y Lucas lograron obtener el primer lugar, pero lo que más valoraron fue el apoyo incondicional de su madre y amigos. Cuando regresaron a casa se sintieron felices y agradecidos, y entendieron que el

El verdadero éxito radica en las relaciones que construimos y el amor que compartimos.

verdadero éxito radica en las relaciones que construimos y el amor que compartimos.

Esa noche, todos cenaron juntos y Ana sonrió al ver la felicidad en los ojos de sus hijos. La familia continuó fortaleciendo sus lazos y aprendiendo de los errores. Juntos construyeron un hogar lleno de amor, respeto y sueños por cumplir, donde cada día era una aventura por descubrir.



Una familia rara, pero unida



Luna Ximena Fonseca Cuy

I.E. Casilda Zafra

Grado Once – Santa Rosa de Viterbo

Había una vez una familia muy bonita y unida. Pero, un día, una fecha que ellos jamás van a olvidar (15-02-2011) murió su padre Milton. Ese día, el mundo se derrumbó para ellos, un montón de emociones se acumularon, se les juntó todo y, como raro, las deudas llegaron.





La señora Sandra, mujer guerrera y luchadora, se limpió sus lágrimas y siguió adelante por sus hijos. Consiguió un trabajo en un restaurante y eso les ayudaba bastante, mientras su hija mayor cuidaba de sus hermanos.

Con el tiempo, Sandra conoció a un hombre que, al parecer, la amaba y respetaba. Ella veía todo color de rosa. Poco después se fueron a vivir juntos. Mientras él trabajaba, ella cuidaba de la casa y de sus hijos, ya que Juan Pablo no la dejaba trabajar; él aportaba todo para la casa.

Ese día, el mundo se derrumbó para ellos, un montón de emociones se acumularon.

Todo iba muy bien hasta que él empezó a llegar borracho y a ser grosero, hasta el punto de golpear a su esposa. Aquellos niños que los respetaban como a un padre, empezaron a temer. Cada vez que escuchaban que su padrastro estaba tomando, temblaban y no quería que llegara la noche. Esto se volvió rutina. Todos los sábados pasaba lo mismo: llegaba a golpear a Sandra, a quitarles la luz o a poner música a todo volumen. Ellos



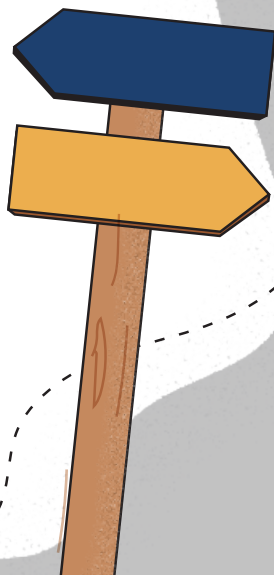
se encerraban con su madre en el cuarto hasta que Juan se durmiera.

Al día siguiente, Juan se levantaba y le pedía perdón a Sandra, la llevaba a hacer mercado y a comprar cosas para sus hijos; por eso, Sandra dejaba pasar el daño que les ocasionaba. Así pasaron 7 años y los niños, que ya no eran niños, crecieron y empezaron a defender a su mamá. Eran 4 contra 1, porque la abnegada madre no se defendía, pero sus hijos lo hacían por ella. Era pelea tras pelea...



Luego, Juan Pablo conoció a otra mujer y no llegaba a casa. Sandra, preocupada por su esposo, lo buscaba. Incluso, un día lo encontró con ella. Pasaba días y noches llorando. Él, dichoso, decidió sacar sus cosas para ya no volver.

Aquella mujer tan luchadora se derrumbó y pasó dos años perdida en el alcohol. Sus hijos la llevaron a un psicólogo y ella aprendió a soltar, a que no necesita de ningún hombre, y que la voluntad y la libertad es lo primordial para la vida. Comprendió que tener amor propio y no aferrarse a las personas, era lo mejor que le había pasado. El respeto es algo primordial para vivir en paz.





Síguenos

www.policia.gov.co

 Policía Nacional de los Colombianos

 @policiadecolombia

 @PoliciaColombia

 Policía Nacional de Colombia

www.policia.gov.co/polihistorias



Sé participe
de esta
fantástica
aventura y
deja
volar tu
imaginación

Categorías

Tranquilidad

Prevención

Voluntad - Libertad

Mujer



Ilustración
Daniela Gómez



PATRULLA
Púrpura
Comunicación libre





© Duven Kmitovsk

PoliHistorias 3.0

Cuentos para la convivencia